EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

SERAFINA LA DEVOTA

COMEDIA

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

POR

DON ENRIQUE GASPAR.

MADRID.

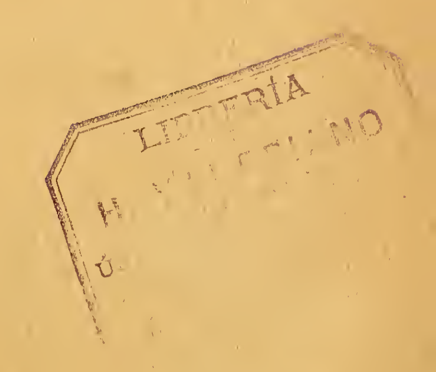
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1889.

SERAFINA LA DEVOTA.



SERAFINA LA DEVOTA

COMEDIA

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

POR

DON ENRIQUE GASPAR.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Atocha, 100, principal.

1889.

PERSONAJES.

—

SERAFINA.
IVONA.
AGATA.
PELAGIA.
ZOE.
ÚRSULA.
DE MONTINAC.
EL CORONEL.
OLIVERIO.
CHAPELARD.
ROBERTO.
SULPICIO.
DOMINGO, criado.
SABINO, groóm.

ACTO PRIMERO.

Salón rica y severamente amueblado. Puertas al foro y en los ángulos. Chimenea con canapé á la derecha, Mesa en la izquierda. En primer término de la derecha una butaca.

ESCENA PRIMERA.

SULPICIO y DOMINGO.

SULP. ¿Y las señoras? ¿En la iglesia?

DOM. Acaban de salir; aun las puede usted alcanzar.

SULP. No; estoy cansado; prefiero tomar un poco de reposo. (Se sienta.)

DOM. No hemos tenido el gusto de verle á usted anoche por aquí. Se perdió usted una gran velada. Hubo una conferencia...

SULP. Sí... ¿Quién la dió?

DOM. El señor Chapelard; su tutor de usted; se estuvo hablando más de una hora.

SULP. ¿Y Oliverio asistió á ella?

DOM. ¡Oh! No, señor. ¿Para qué? Á ese no le convierte nada. Es un impío.

SULP. El tal yerno de la baronesa es el borrón en la familia. Y lo peor es... que habita la misma casa.

DOM. ¿Á quién se lo cuenta usted? Se le reconoce hasta en la manera de llamar. ¡Qué campanillazos! Dignos de un hombre que no respeta nada.

SULP. Por fortuna se ausenta á menudo. Es un viajero infatigable. Un explorador...

DOM. De pacotilla. Los verdaderos se hacen devorar por las fieras. Éste nos vuelve más gordo cada vez.

SULP. (Levantándose.) Por Dios, Domingo, no hay que desear el mal del prójimo... (En voz alta. Se oyen violentos campanillazos.)

DOM. Ahí le tenemos ya. Cada semana se necesita un cordón nuevo. (La puerta del fondo se abre y deja ver á Oliverio y á Roberto dando sus abrigos á un groóm. Bajando la voz.) ¡Hola! Hoy viene con él un desconocido.

SULP. ¿Quién podrá ser? (Examinándole de reojo mientras recorre algunos periódicos.)

ESCENA II.

DICHOS, OLIVERIO y ROBERTO.

OLIV. ¿La baronesa no ha vuelto aun?

DOM. No señor.

OLIV. ¿Quieres esperarla? (Á Roberto.)

ROB. Si me lo permites...

SULP. Yo la veré ahora en la iglesia; si quieren ustedes que la diga algo...

OLIV. Gracias, Sulpicio.

DOM. (Bajo á Sulpicio mientras le da el sombrero.) Este debe ser otro libre pensador como el yerno.

SULP. Creo que no te equivocas.

DOM. Me juego la cabeza. Hay algo de materialista en su mirada.

SULP. Vamos á verlo. (Alto á Roberto.) Si quiere usted un periódico para distraerse, aquí está. *La Abeja mística.* Trae un admirable artículo rehabilitando á Felipe II de España.

OLIV. Árdua tarea. ¿Quién lo firma?

SULP. Goudón. El mismo que rehabilitó á los Borgias.

ROB. (Sentado á la derecha.) ¿Probando que los envenenados eran ellos?

SULP. (Ap. á Domingo dirigiéndose á la puerta.) Domingo. Este joven es peligroso; debe venir á la casa con miras siniestras. Sería meritorio vigilarle.

DOM. Se hará así.

SULP. Y hasta si se pudiera saber lo que hablan...

DOM. ¡Cómo! ¿Ponerme á escuchar?...

SULP. Escuchar no... Nada más... oir. (Alto, saludando.) Señores.

ROB. Caballero... (Vánse Sulpicio y Domingo.)

ESCENA III.

OLIVERIO y ROBERTO.

OLIV. Conque ya que estamos solos... dime: ¿De dónde conoces tú á mi suegra? (Se sientan en el canapé.)

ROB. Si no la he visto en mi vida.

OLIV. ¿Pues cómo te encuentro á las ocho de la noche llamando á la puerta de su casa?

ROB. Ya te contaré... ¿Pero y tú? ¿No estabas en África?

OLIV. Acabo de llegar. Y á propósito. ¿Qué sabes de tu tio?

ROB. Le espero de un momento á otro.

OLIV. Excelente amigo, Montignac; el Contra-almirante más bizarro de nuestra armada. Ya hace cinco años que nos dejó.

ROB. Sí.

OLIV. Tendré un placer en volver á verlo.

ROB. Y yo en abrazarle; eso matará mis ócios. Me aburro soberanamente.

OLIV. ¿Y vienes á buscar distracciones en la calle Cassette á trescientas leguas de toda civilización?

ROB. La verdad es que para el que sale del verdadero París, este barrio no tiene nada de sonriente. La calle sumida

en las tinieblas; ni un coche, ni un transeunte, salvo alguno que otro devoto dirigiéndose á los oficios. Luego esta casa de macizo portón, con la tradicional gatera, el vestíbulo glacial y la escalinata de granito monástico; con un portero que parece un sacristán, un lacayo que se confunde con un pertiguero, y un groóm que tiene todas las apariencias de un monaguillo. Venir aquí después de haber comido á deseo en casa de Brebant, es exponerse á una indigestión.

OLIV. ¿Y qué razón tan poderosa obliga á un mundano como tú á separarse de las ostras y el Chablis?

ROB. El motivo más tonto y más justificado al mismo tiempo. Me derriban la casa para abrir una calle nueva y busco cuarto. Doy con un entresuelo muy bonito en el *quai* Voltaire; pero tropiezo con un portero que con aire inquisitorial me pregunta: «¿Es usted rentista?—Sí.—¿Casado?—No.—No nos conviene usted; debe usted llevar una vida muy disipada.

OLIV. ¡Qué servicio paternal el de mi suegra!

ROB. (Continuando.)—«¿Es usted agente de policía?—Caballero, la señora baronesa quiere que sus inquilinos sean personas de una moralidad indiscutible.» En resúmen, como el entresuelo me gusta, pido las señas de la propietaria; me indican este hotel; llego; la señora no recibe más que por la noche; repito mi visita y felizmente me hallo contigo para que defiendas y ganes mi causa.

OLIV. Á buena parte te diriges. (Levantándose.) Mi recomendación sería contraproducente.

ROB. ¿No eres su yerno?

OLIV. Reniega de mí. Soy un pagano á sus ojos.

ROB. ¿Qué me cuentas? (Levantándose.)

OLIV. La cosa hubiera sido fácil hace seis años, al principio de mi matrimonio. Yo conocí á la baronesa por tu tío, el Contra-almirante, íntimo de la casa en aquella época, y casa entonces llena de encantos. Una familia dignísima, compuesta de la madre, el barón, hombre

de esos que se caen á pedazos á pura honradez, y dos hijas; una del primer matrimonio, Agata, y la otra Ivona, habida con la baronesa. Niña angelical, inocente y siempre dispuesta á sonreir de quien hoy, crueldad inaudita, se empeñan en hacer una religiosa.

ROB. ¡Pobre criatura!

OLIV. Yo me enamoré de Agata, me casé con ella, y como todos los recien casados, que no hacen más que sandeces, cometí la de acceder á habitar bajo el mismo techo con su familia. Si alguna vez, Roberto mío, tienes que elegir entre vivir con la madre de tu mujer ó matarla, no dudes un momento. Mata á tu suegra.

ROB. Lo haré.

OLIV. Al principio todo marchaba á pedir de boca; pero he aquí que asuntos urgentes me llaman á Nueva York. Me voy por unas semanas, pero no regreso hasta al cabo de algunos meses. En ellos mi madre política había saltado el terrible abismo que separa la piedad verdadera de la devoción exagerada, arrastrando en su evolución á mi pobre Agata sometida de nuevo á su tiránico influjo como cuando jugaba á las muñecas.

ROB. ¡Qué horror!

OLIV. Desde ese día todo acabó para mí. Mi casa es un infierno. Bástete saber que mi cara mitad, imbuida de las prácticas religiosas, hasta me obliga á retroceder en servicio del Señor á las austeras condiciones del celibato. Por despecho, por reconquistar su cariño con mi indiferencia, me dediqué á la botáníca, á los viajes, á las exploraciones y me trasladé á África. Nueva tontería. Lo que dejé malo, lo he vuelto á encontrar peor. En fin, no puedo más; estoy dispuesto á dar un golpe de Estado.

ROB. Y todo por culpa de...

OLIV. (Sentándose á la izquierda.) De Serafina.

ROB. ¡Ah! la baronesa se llama Serafina!

OLIV. Sí.

ROB. Ya me parece que la estoy viendo. Una vieja aperga-

minada, doblemente endurecida por los hielos de la edad y los ardores de la fé.

OLIV. Tantos errores como palabras.

ROB. ¡Cómo! ¿Es joven?

OLIV. Joven.

ROB. Y guapa.

OLIV. Guapa. Y menos indiferente de lo que ella presume á sus antiguos hábitos de coqueta, que tanto la escandalizan hoy en las otras. Mira sino en torno tuyo. Todo acusa la batalla que riñe la reina ayer de los salones y teatros con la devota de hoy. La alfombra es oscura, pero blanda. Las sillas, aunque revisten formas severas como para protestar de las escandalosas contorsiones de la moderna ebanistería, tienen asientos de muelles, que recuerdan los derechos de la carne á la comodidad. Donde dirijas la mirada verás el maridaje de lo práctico con lo austero; la capilla en el *boudoir*.

ROB. (Levantándose.) ¿Ha tenido la baronesa algún amante?

OLIV. No, que se sepa. Ha pasado por entre el ejército, la magistratura, la banca y la política, con la frente erguida y la burla en los labios, distribuyendo sonrisas y miradas sin que la maledicencia haya empañado jamás con la sospecha más leve, su virtud, proverbial hoy como su hermosura.

ROB. ¿Cómo se explica entonces su devoción?

OLIV. ¿Devoción? Dale su verdadero nombre; fanatismo; ese orgullo de la fé que no le permite arrodillarse ante Dios sin ruido y sin luz. De ahí las prácticas constantes, las cuestaciones, los patronatos, las loterías, lo que se imprime, lo que se anuncia, lo que se expone. La misma vanidad, en fin, con los términos invertidos. Antes cultivaba la religión de la coquetería, hoy profesa la coquetería de la religión.

ROB. ¿Con éxito?

OLIV. Absoluto; pero no exento de sinsabores.

ROB. ¿Cómo?

OLIV. Hay rivalidades.

ROB. Hola.

OLIV. Su antagonista, la señora d'Armoise, cuyo marido es un legitimista influyente, recibe los lunes.

ROB. ¿Y eso preocupa á tu suegra?

OLIV. La mortifica. Apenas si dan fuerza á una devota esas reuniones en que se fraguan subterráneamente mil proyectos tenebrosos y se urden las intrigas más trascendentales. Constituyen un estado en el Estado con su periodismo, su tesoro, y sobre todo su policía, hecha por señoras que todo lo saben y criados que adivinan el resto.

ROB. Pues que tome día.

OLIV. Ya lo hará, es su sueño. Y ahora, sobre todo, que el barón no le sirve de obstáculo.

ROB. ¿Se ha muerto?

OLIV. No; se ha convertido y se entretiene en viajar recorriendo los Santos Lugares.

ROB. Pues á ello.

OLIV. Sí; ¿pero y el cuñado?

ROB. ¿Qué cuñado?

OLIV. El de Serafina. Un hermano del barón, que ha asumido por encargo y en ausencia de éste la dirección de la casa. Un coronel de spahis retirado, genuino representante de la indiferencia religiosa.

ROB. Á quien tu suegra no puede catequizar.

OLIV. Ya lo está á medias.

ROB. ¿Sí?

OLIV. Gracias á un ataque de gota aprovechado por Serafina, para soltarle entre dos médicos al señor Chapelard, el oráculo de la parroquia.

ROB. ¿Quién es ese caballero?

OLIV. El tutor de Sulpicio.

ROB. ¿Del joven que estaba aquí cuando entramos?

OLIV. Justo, y por el que dicen que siente un afecto paternal.

ROB. ¡Hola!

OLIV. Así se cuenta.

ROB. ¿Pero en qué se ocupa ese oráculo?

OLIV. En nada. Es fabriquero mayor, muy amigo de las señoras de la Cofradía, discreto, astuto; procura recetas para los casos incurables, posee una moral elástica y come donde le convidan.

ROB. ¿Y decías que el coronel?...

OLIV. Dominado por los dolores dió oídos á Chapelard. Comió de vigilia, ayunó, y se le fué la gota. «Milagro» gritaron todos prometiéndole que, si practicaba aquello sería el último ataque. Y ahora le tienes que, conmovido por la gracia higiénica, va á las cuarenta horas como iría á baños, sin convicción, pero por probar.

ROB. Ya sé lo bastante para comprender que me quedo sin entresuelo. Me voy.

OLIV. Aguarda, hombre, inténtalo. Además, son entes curiosos para vistos una vez.

ROB. Pero por poco rato. (Se sienta á la derecha.)

OLIV. Volveremos juntos á París. Iremos á la ópera, en cuanto haya podido decirle dos palabras á Agata. Para ello tú me entretendrás á la madre; de otro modo es imposible.

ROB. ¡Cómo! ¿Así estamos?

OLIV. Sí, Roberto.

ROB. Corriente, iremos á la ópera; nos aburriremos juntos.

OLIV. ¿Te fastidia la música?

ROB. Me cansa todo.

OLIV. Créeme, márchate al Brasil con tu tío.

ROB. Aquello es muy caliente.

OLIV. Pues cásate.

ROB. Eso es muy frío.

OLIV. Es con todo lo mejor que podrias hacer para librarte de ese marasmo.

ROB. ¿Y con quién quieres que me case? ¿Con una muñeca?

OLIV. No hay solo muñecas en el mundo.

ROB. ¿Con una de esas niñas que llaman inocentes? Gracias.

OLIV. ¿No crees en la virtud?

ROB. Sí, creo en la virtud; pero también sé que la hay de imitación. Sin ir más lejos, acabo de tener una muestra al venir por la plaza.

OLIV. Veamos.

ROB. Iban delante de mí tres mujeres tapadas hasta los ojos y provistas de devocionarios. Al llegar donde está el buzón, atravisan el arroyo. Yo sigo; pero me vuelvo por curiosidad, y me encuentro con que de las tres que marchaban en fila, la última, después de asegurarse de que las otras no la miraban, deja caer una carta en el receptáculo y corre á reunirse inmediatamente con sus compañeras. El abrigo se entreabrió con el movimiento, y pude ver su rostro angelical y candoroso que me hizo exclamar lleno de amargura: «Para el tonto que se fie de las apariencias.»

OLIV. ¿Estás seguro de haber visto bien?

ROB. Como te veo á ti.

OLIV. Y después de todo ¿qué?

ROB. ¿Cómo que? Una carta echada sigilosamente en un buzón.

OLIV. Dirigida acaso á alguna amiga de colegio.

ROB. Tonterías. Correspondencia amorosa. El primito tradicional ó algo por el estilo.

OLIV. Y aun admitiéndolo: ¿El que ésta tenga veleidades, qué prueba al cabo?

ROB. Que otras pueden tenerlas también.

OLIV. Quita, bergante; estás corrompido... No faltaba más sino que la siguieras y...

ROB. Descuida; que haré por encontrarla. ¡Descubrir un secreto semejante y en una criatura de su edad! Ya tengo diversión para un mes. Desde mañana me pongo en acecho...

OLIV. ¿Para explotar la aventura en beneficio tuyo?

ROB. Si la suerte me auxilia ¿por qué no?

OLIV. Pero eso es infame; amenazarla con el escándalo, reducirla por el miedo.

ROB. Al contrario; la animaré con el estímulo.
OLIV. Silencio. El Coronel.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, el CORONEL.

OLIV. Buenas noches tío, ¿Cómo va?
CORON. Renegando, Oliverio; salgo de la iglesia... estoy muerto de frío. (Acercándose á la chimenea.)
OLIV. ¿Las señoras han vuelto también?
CORON. Sí; han ido á sus habitaciones á quitarse las fornituras. (Á Domingo que ha entrado con él.) Y bien... tú... toma este sombrero. ¿Qué demonio quieres que haga con él en la mano? (Domingo se va llevándose el sombrero.)
OLIV. Permítame usted que le presente un amigo que aspira á ser inquilino de la baronesa.
CORON. (Saludando.) Muy señor mío. Eso es incumbencia de mi cuñada. (Tosiendo.) Anda, anda; ahora á echar los hígados tosiendo. Maldita... Jesús lo que iba á decir.
OLIV. ¿Pero á quién se le ocurre salir con un tiempo tan malo? Hubiera usted hecho mejor quedándose junto á la chimenea.
CORON. (Reventándose á toser.) ¿Crees por ventura que me han dado á elegir?
OLIV. Hubiera usted pasado una deliciosa velada con los piés en el fuego y el cigarro en la boca.
CORON. ¡El cigarro! ¡Ay! ¿Qué no diera yo por echar una pipa?
OLIV. ¿Y quién se lo impide á usted?
CORON. La Cuaresma. Sobrino.
OLIV. Pero el tabaco pertenece al reino vegetal; debe ser cosa de vigilia.
CORON. Mi cuñada dice que me deleita demasiado y que debo mortificarme con la abstinencia.
OLIV. Á ese paso van á suprimirle á usted hasta el café.
CORON. Ya lo han hecho. ¿No lo sabías? Verdad que tú no comes en casa...

OLIV. En Cuaresma, jamás.

CORON. Haces bien. Hoy hemos tenido bacalao. Figúrate la digestión que se me espera con una brandada en el estómago, sin café, sin cigarro y con los piés como la nieve. Vive Dios, que si no fuera por ser agradable al cielo.

OLIV. ¿Pero está usted seguro de que allá arriba se lo agradezcan?

CORON. ¡Qué he de estarlo, hombre, que he de estarlo! Si es lo que no ceso de repetirme. Y como yo supiese que se me hace toser y hartarme de bacalao inútilmente, mandaba á paseo las letanías y al sacristán... (Entra Serafina oyendo las últimas palabras.)

ESCENA V.

DICHOS y SERAFINA.

SERAF. Blasfemo.

CORON. (Tímidamente.) Dispensa, Serafina; es Oliverio que...

SERAF. ¿Él aquí? Todo se explica entonces.

OLIV. Baronesa, la casualidad me ha hecho encontrarme en el vestíbulo con Roberto de Favrolles, á quien tengo la honra de conocer desde la infancia y que desea dirigirle á usted una súplica.

SERAF. (Sentándose en el canapé.) Tenga usted la bondad de tomar asiento.

ROB. No hubiera cometido la indiscreción de venir á semejante hora, si hubiese tenido la suerte de ser recibido esta tarde. El asunto es de tan poca importancia. (Se sientan Roberto y el Coronel.)

SERAF. (Muy afable.) Usted dirá.

ROB. Señora, usted es propietaria de una casa en el *quai* Voltaire.

SERAF. En efecto; en el *quai* Voltaire. Qué ganas tengo de que le den otro nombre.

OLIV. (Ap.) (Ya se lo mudarán.)

ROB. Quisiera alquilar el entresuelo; pero como sé que no

acepta usted por inquilinos sino á las personas de su agrado...

SERAF. El portero le habrá dicho á usted que no admito á los que ejercen alguna profesión.

OLIV. (Ap.) (Estímulo al trabajo.)

ROB. Soy rentista, señora, y no me dedico á obras manuales.

SERAF. (Siempre afable.) Lo celebro. Otra de las condiciones que han de tener mis inquilinos es la de estar casados.

ROB. Por desgracia yo soy soltero.

SERAF. ¿Pero piensa usted tomar estado?

ROB. ¿Si lo pienso? Y muy sériamente; por eso no me quiero apresurar.

SERAF. No me ha entendido usted. He dicho *estar* y no *ser* casado; de modo que mi exigencia se reduce á que los demás vecinos no tropiecen en la escalera con ciertas mujeres desgraciadas que son la vergüenza de su sexo.

ROB. Baronesa, cuando llegan á ese punto yo no las recibo ya.

OLIV. (Bajo á Roberto.) Jesuita.

SERAF. Ahora, y perdone usted este exámen de conciencia...

ROB. Adelante, la mía es pura.

SERAF. ¿Puedo saber los principios políticos que profesa usted?

ROB. Yo en política dejo hacer á los demás, persuadido de que cuanto pudiera decir y nada, sería todo uno.

SERAF. ¡Qué ambigüedad! En suma ¿es usted adicto al gobierno?

ROB. ¡Señora!... ¿Quién está contento nunca del gobierno que tiene?

OLIV. (Ap.) (Cómo se defiende.)

SERAF. Por supuesto, en religión es usted católico.

ROB. Apostólico y romano.

SERAF. ¿Y... practica usted?

ROB. Todos los domingos en la misa mayor de la una está

usted segura de encontrarme á la salida de la Magdalena.

CORON. No se le puede exigir más á un soltero.

SERAF. Sí, ya es algo.

ROB. (Ap. á Oliverio.) El cuarto es mío.

OLIV. Aún no. Sabe más que tú.

SERAF. Falta sin embargo un detalle.

OLIV. (Bajo á Roberto.) ¿Qué tal?

SERAF. ¿Tiene usted alguna persona conocida que salga garante de... la moralidad de usted?

ROB. Si, señora. (Ap. á Oliverio.) Mi tío.

OLIV. (Ap. á Roberto.) Jamás; están de punta.

ROB. (Ap.) (Diablo.) (Alto.) Puedo ofrecerle á usted la recomendación de una de sus vecinas: La señora de Courteuil.

SERAF. (Vivamente.) ¿La conoce usted?

ROB. Tengo la honra de ser su primo.

SERAF. ¡Oh! Basta, basta con esa; no necesito otra garantía.

OLIV. (Ap.) (¿Qué es esto?)

ROB. (Levantándose.) De modo, baronesa, que puedo esperar... (El Coronel se levanta.)

SERAF. Asunto terminado; pero no se marche usted todavía. Tomará usted el té con nosotros. La señora de Courteuil le presenta á usted y yo tengo una complacencia en recibirle.

ROB. Señora, es usted muy amable.

SERAF. ¿Quieres llamar para que sirvan?... (Al Coronel que toca un timbre.)

ROB. (Bajo á Oliverio.) ¿Entiendes esto?

OLIV. (Bajo á Roberto.) Es un geroglífico para mí. ¿Tan íntimo eres tú de los Courteuil?

ROB. (Id.) Hace dos años que no los veo. ¡Pero qué interrogatorio; ni en la Inquisición!

OLIV. (Id.) Ya te lo dije, una fanática. ¡Vamos! Ya está aquí mi mujer. Observa las evoluciones de Serafina para impedirme que hable con ella más de dos minutos seguidos. (La puerta del fondo se abre y se ve á Agata

acabando de arreglar una bandeja que trae un criado.)

ROB. (Id.) ¿Y la soltera dónde está?

OLIV. ¿Ivona? No lo sé. Pobrecilla. Se la ve tan poco. (El Coronel se sienta en el canapé.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS, AGATA preparando el té, ZOE, PELÁGIA y DOMINGO que se retira al momento.

DOM. (Anunciando, mientras Oliverio presenta su amigo á Agata.) La señora de Vriges.

OLIV. (Á Roberto.) Una viuda.

DOM. La señorita de Beauluisant.

OLIV. (Id.) Una solterona.

SERAF. Mis excelentes amigas. ¿Ustedes aquí?

ZOE. (Con mucha viveza.) Sí, querida baronesa. Señores... Coronel... ¡Ah! está durmiendo... Nada, nada, duerma usted, no se moleste.

SERAF. ¿Salen ustedes ahora?

PELÁGIA. (También con mucha vivacidad.) Nos hemos encontrado revueltas con la gentuza.

ZOE. Y cómo la noche está tan hermosa. (Oliverio aprovecha la ocasión para acercarse á su mujer. Pelagia y Zoe se sientan.)

PELAGIA. Le he dicho á Zoe: «Vamos á pié á casa de la baronesa. Los carruajes nos seguirán...»

ZOE. Y aquí estamos.

SERAF. Tomarán ustedes el té con nosotros. ¡Agata! (Llamándola.)

AGATA. Mamá. (Sirve el té ayudada por dos criados.)

OLIV. (Ap.) (Primera interrupción.) (Se sienta á la izquierda con Roberto.)

ZOE. Yo no hubiera podido dormir sin comunicar á alguien mi entusiasmo.

PELAGIA. ¡Qué asombro!

SERAF. Ha sido un verdadero triunfo.

ZOE. Estaba admirable.

AGATA. ¡Qué dicción!

PELAGIA. ¡Qué movimientos!

SERAF. ¡Y cuánta gente!

ZOE. Yo tenía á mi espalda á un viejecito que me decía: «Señora, con tres días de anticipación he tomado puesto.»

PELAGIA. Formará época.

OLIV. ¿Hablan ustedes de algún estreno?

ZOE y PELAGIA. ¿Un estreno?

OLIV. ¿Salen ustedes del Odeon? (Un criado trae mesas volantes con pastas.)

ZOE. Usted es el que sale del Limbo. Venimos de oir al padre Anselmo.

OLIV. ¡Ah! se trataba de... mil perdones. He creído que volvían ustedes del teatro.

PELAGIA. ¡Qué ocurrencia!

ZOE. (A Agata.) ¿Y usted dónde estaba?

AGATA. En nuestro sitio de costumbre.

ZOE. ¿Detrás de la señora de Luzy?

AGATA. Precisamente.

ZOE. Pues hubiera debido verla á usted por el traje llamativo de esa señora, ¡Qué colorines!

AGATA. La verdad es que aquel amarillo por la noche...

PELAGIA. Con las rubicundeces que la salen á la cara de cuando en cuando....

ZOE. Se pone como un cangrejo cocido.

SERAF. ¡Vamos! Un poco de indulgencia. Hay que convenir que es pálida al lado de la de Hermosilla.

ZOE. Como estaba hoy; parecía que la había vestido el mismo demonio.

PELAGIA. Con su sombrero negro y grana salpicado de azabaches.

SERAF. Pues no la he encontrado tan ridícula como con el famoso vestido descotado del baile de beneficencia.

ZDE. ¿Y se han fijado ustedes en la de Lusignán? Da gana de regalarle una muñeca.

PELAGIA. Es indecoroso casar tan joven á una muchacha.

OLIV. (Ap. á Roberto.) Te prevengo que ésta no ha podido

encontrar marido.

ROB. Lo supongo. (Ap. á Oliverio.)

ZOE. Y á propósito de bodas: ¿Cuándo se casa el bombo de la vizcondesa?

PELAGIA. Ya es tiempo. Bastante se ha murmurado de ella y del capitán.

AGATA. ¡Oh! Es una calumnia.

SERAF. Si... le calumnian... á él.

OLIV. ¿Y sobre qué ha versado el sermón del padre Anselmo?

ZOE. Sobre la caridad cristiana.

OLIV. Bonito asunto. (Ap.) (Lo aprovechan bien.)

ZOE. ¿Pero qué se hace usted, Oliverio? No se le vé por ninguna parte. Yo le creía á usted en Abisinia.

OLIV. No tardaré en volver.

PELAGIA. (Levantándose para ir á donde está Oliverio que á su vez se pone de pie.) Magnífica ocasión para fundar allí una misión católica que paralice la influencia anglicana.

SERAF. ¿Mi yerno preocuparse de esas pequeñeces? ¿Convertirse en apóstol de la verdadera fé? No; él viaja tan solo como comisionista del progreso; estudia las civilizaciones exóticas en las relaciones con el cáñamo y la cría de gusanos de seda. No les llevará á los abisinios ese libro sublime que se llama *La imitación* y que los haría mejores, pero les regala el jabón de la *Sociedad higiénica* que los vuelve más limpios. Es una teoría moderna. El jabón lava, luego moraliza. ¿No es asi?

OLIV. Tal es mi opinión. (Se apoya en la chimenea.)

ZOE. ¿Y qué ha traido usted en su último viaje? (Se levanta y pasa á la izquierda.)

OLIV. Nada, vizcondesa, animales disecados, pedruscos y una yerba para curar la rabia. Y todo ello á costa de insolaciones, fiebres palúdicas y sin otro cálculo ni deseo de recompensa que la satisfacción de haber cumplido con mi deber. (Pasa á la izquierda.)

SERAF. Hay varias clases de deberes; y si es plausible el sa-

crificio que usted se impone por la salud del miserable cuerpo, figúrese usted cuánto más meritorio no sería sufrir por la salvación del alma.

OLIV. El miserable cuerpo, baronesa, debe considerarse muy feliz de que todos no opinen como usted. Y si, lo que Dios no permita, alguna vez se siente usted atacada de hidrofobia...

PELAGIA. (Que ha vuelto á ocupar su sitio.) Nuestras oraciones la curarán con más eficacia que esos yerbajos.

ZOE. (Levantándose.) No hay que excitarlo, el fondo es bueno.

OLIV. ¿Trata usted de convertirme?

ZOE. Apuesto á que si me lo propongo...

OLIV. Puede, no digo que no. La religión que usted profesa me gusta porque va del baile al sermón y de la conferencia á la modista.

ZOE. (Sirviéndole azúcar.) ¿Se burla usted?

OLIV. ¡Burlarme! (Ap. á ella.) ¿Á quién volvía usted de convertir esta mañana á las nueve en la calle Vivienne cubierta con tan tupido velo?

ZOE. (Ap. á Oliverio.) ¿Me ha visto usted?

OLIV. (Id.) Un poquito nada más.

ZOE. (Id.) Venía de hacer una obra de misericordia; puede usted creerlo.

OLIV. (Id.) No lo dudo. Algún desgraciado á quien proteje usted con sus limosnas.

ZOE. (Volviéndole la espalda.) Es usted un mónstruo. (La puerta se abre de par en par y Chapelard aparece del brazo de Sulpicio.)

ESCENA VII.

LOS MISMOS, CHAPELARD y SULPICIO.

CHAP. (Dentro jovialmente.) No, deja, no me anuncies...

TODAS. ¡Ah! ¡El señor Chapelard! (Van á su encueutro.)

CHAP. Lo haré yo mismo presentándome.

ZOE. (Tomándole el bastón.) Excelente amigo.

PELAGIA. (Desembarazándole del sombrero.) ¡Qué alegría!

SERAF. Tan tarde. Es una grata sorpresa. ¡Agata! (Llamando á ésta que está hablando con Oliverio.)

OLIV. (Ap.) Y van dos. (Agata saluda á Chapelard.)

CHAP. Pues sí, después de comer vino á verme Sulpicio y le dije: «Mira, vámonos á darle las buenas noches á nuestra querida baronesa.»

SERAF. ¡Es usted lo más amable! (Á Sulpicio.) ¿Y cómo no fué usted á buscarnos á la iglesia?

SULP. Lo intenté, señora; pero al salir me encontré con una turba de estudiantes... dando el brazo á unas mujeres y profiriendo frases tan escandalosas... que...

ZOE. Ha tenido miedo.

SULP. Miedo no, pero me ha inspirado tal repugnancia que he vuelto atrás...

TODAS. ¡Pobrecillo!

OLIV. (Ap. á Roberto imitándolas.) Angelito.

SERAF. (Á Chapelard.) Pero siéntese usted. ¡Jesús! Tiene las manos heladas.

PELAGIA. (Asustada.) ¿De veras?

CHAP. Y los piés sobre todo.

PELAGIA. ¿También los piés? Á ver, fuego pronto... (Atizando la chimenea.)

SERAF. (Despertando al Coronel.) Tú, Coronel.

CORON. (Sobresaltado.) ¿Eh? ¿Qué pasa?

SERAF. Levántate; déjale ese sitio al señor Chapelard.

CORON. (Levantándose.) ¡Ah! usted dispense. Buenas noches.

CHAP. ¿No le molesto á usted?

CORON. ¿Quiere usted callar? (Chapelard ocupa su sitio delante de la chimenea.)

SERAF. ¿Está usted bien?

CHAP. Un poco alto.

SERAF. Vivo; un taburete. (Todos van en busca de uno.)

PELAGIA. Un taburete.

SERAF. (Al Coronel.) Vamos, hombre, aprisa.

CORON. Ya voy, ya voy. (Agata lo trae.)

CHAP. (Arrellenándose.) Ajajá. ¡Que bien se está aquí!

SERAF ¿Una tacita de té?

CHAP. Bueno; muy caliente.

ZOE. ¿Con ron?

CHAP. No; con marrasquino me gusta más.

SERAF. Agata. (Interrumpiendo su conversación con Oliverio.)

AGATA. Mamá.

OLIV. (Ap.) (Tres.)

SERAF. (Á Chapelard.) Está usted en su casa; póngase usted á su comodidad.

CHAP. No, si no lo hago por estar cómodo.

ROB. (Bajo á Oliverio.) Al contrario.

CHAP. Al contrario...

ROB. ¿Ves? (Id.)

CHAP. Es que me humilla el tener que ocuparme de mi cuerpo, y lo atrofio con la saciedad. ¿Tienes frío, materia deleznable? Pues anda, caliéntate. ¿Quieres comer? Hártate. Y una vez aletargada me dejarás tranquilo.

OLIV. (Ap. á Roberto.) Eso lo llama él castigar la carne.

CHAP. Dos motivos, mi digna amiga, me traen esta noche á su casa de usted. El primero recordarle nuestra cuestación en favor de los infelices Patagones. (Zoe y Pelagia han vuelto á ocupar su sitio; Serafina y Chapelard están sentados en el canapé; el Coronel en una butaca. Agata sirve á Chapelard pastas y licor.)

SERAF. Precisamente tengo algún dinero que entregarle á usted. Agata es la tesorera.

CHAP. Muchas gracias. Y si estos señores nos dispensan la honra de añadir su óbolo...

SERAF. Yo no sé si un filósofo como mi yerno...

OLIV. Mi filosofía, señora, gustaría más de verla á usted pedir por los franceses, pero no rehusa su limosna á nadie.

AGATA. (Acercándosele para recoger el donativo.) Dios te lo devolverá centuplicado, Oliverio.

OLIV. Tómale gratis, hija mía, no soy usurero.

AGATA. ¿Y usted? (Á Roberto.)

ROB. Señora, con mucha honra. (Zoe se va á sentar á la derecha. Agata se restituye á su sitio.)

CHAP. Y ahora, baronesa, gran noticia. Mañana por la noche se reune la Junta para proceder á la elección de Presidenta.

SERAF. ¿Tan pronto? (Vivamente.)

CHAP. Sería, pues, urgente que tuviésemos una reunión preparatoria á fin de asegurar el éxito de la candidatura de usted.

SERAF. Es verdad.

CHAP. Ya me han ofrecido más votos.

SERAF. Y sin embargo, yo no veo quien pueda disputarme la presidencia. No presumo que se la den á la ridícula señora d'Ailly ni á la Gourmont, que es tartamuda. Tampoco es posible que otorgue la preferencia á la viuda de Lépine que nos envenena con sus perfumes, y mucho menos á la Miollis que no tiene en su favor más que los años. ¡Oh! eso sí; si es un derecho de la decrepitud no hay quien se lo niegue. Pero entonces tanto equivaldría conceder el triunfo á la estupidez en la persona de la condesa, á la murmuración en la de la Juvensac, ó á lo peor que todo eso en la cañahueca de la Gaucourt... de quien no digo todo lo que sé por caridad cristiana.

OLIV. (Bajo á Roberto.) Y siguen los efectos del sermón.

ZOE. ¿Quién osaría competir con usted, baronesa?

PELAGIA. Si pudiéramos atraernos el concurso de las hermanas del *Buen Propósito.*

SERAF. (Muy afectuosa.) La Providencia lo ha previsto enviándonos hoy á este caballero.

ROB. ¿Á mí, señora?

SERAF. Su prima de usted, la señora de Courteuil preside esa hermandad y dispone de diez votos. ¿Quería usted abogar por mi causa cerca de ella con tanto ardor como ha defendido usted conmigo la de su entresuelo?

OLIV. (Ap.) (¡Ah! Eureka. Ya pareció la cosa.) (Se sienta al lado de Agata.)

ROB. Baronesa, estoy á la disposición de usted.

SERAF. ¡Oh! gracias. Arriba tengo una circular que me es

muy favorable. Si usted me hiciese el favor de dársela á leer.

ROB. ¿Por qué no, señora?

SEARF. Agata. (Agata se levanta.)

OLIV. (Ap.) (Cuatro. Esto es irresistible.)

SERAF. Dile á Ivona que baje la circular. (Vase Agata.)

ZOE. Y es verdad. ¿Dónde está la niña?

SERAF. En su habitación, acabando de bordar el estandarte.

PELAGIA. ¿Y persiste en su idea?

SERAF. Más que nunca. Es una vocación. Dentro de ocho días entrará en el convento; porque ahora que ha visto un poco el mundo...

OLIV. (Bajo á Roberto que ha venido á su lado.) El mundo de esta casa.

SERAF. No se pasará el año sin que profese.

ZOE. ¡Que ángel!

CHAP. Es delicioso este marrasquino.

SERAF. ¿Sí? Le gusta á usted. (Á Agata que ha vuelto.) Dile á Domingo que le lleve mañana seis botellas al señor Chapelard.

CHAP. No... no lo tolero...

CORON. Sin embargo...

CHAP. Darle al criado esa molestia...

SERAF. Se lo suplico á usted.

CHAP. He dicho que no, y no. Hacer ir cargado á Domingo. Me las llevaré yo en mi carruaje.

TODOS. ¡Ah!

SERAF. Eso es otra cosa.

CHAP. Donde digo, mi carruje, entiéndase el de plaza que voy á tomar.

ZOE. Acepte usted el mío.

CHAP. ¡Qué abuso!

ZOE. Me enfado si no.

CHAP. ¿Y había usted de ir á pie?

ZOE. No, le dejaré á usted en su casa.

CHAP. Si es así, acepto.

ZOE. Es la bondad personificada.

PELAGIA. Un santo varon.

AGATA. Mi hermana. (Se levantan todos.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, IVONA.

SERAF. Ven acá, serafín.

CHAP. Buenas noches, mariposita.

ZOE. (Besándola.) ¿Cómo estás, perla?

PELAGIA. (Id.) Siempre tan mona.

OLIV. (Ap. á Roberto.) Azúcar y miel. (Roberto queda de modo que no pueda ver á Ivona que le vuelve la espalda.)

IVONA. Las circulares, mamá. (Dándoselas.)

SERAF. ¿Y el estandarte?

IVONA. Casi concluido. Aquí traigo dos muestras de fleco para que elijas. (El Coronel, Sulpicio, Chapelard y las señoras miran el fleco.)

OLIV. (Bajo á Roberto.) Conoces algo tan cruel como ese sacrificio de la juventud y de la hermosura? Una reo de muerte. Le cortarán sus preciosos cabellos y después hasta la eternidad.

ROB. ¿Es bonita?

OLIV. Mírala.

ROB. (Ap., apercibiéndola á plena luz.) ¡Ah!

OLIV. ¿Qué?

ROB. (Bajo á Oliverio que sube para dejar su taza.) ¡Preciosa!... (Ap.) (¡Es ella, no hay duda; la niña de hace poco, la de la carta!...)

SERAF. (Escogiendo.) ¿Esta, verdad?

TODOS. ¡Oh! Sí.

SERAF. Ivona, hija mía; entrégale las circulares á este caballero que tiene la bondad de...

IVONA. (Vivamente dirigiéndose á Roberto.) ¿Á usted?

ROB. Mil gracias, señorita. (Ap.) (Ella, es ella.)

CHAP. (Á Sulpicio.) Y nosotros en marcha.

SERAF. No olvide usted que mañana comemos juntos. De vigilia, por supuesto.

CHAP. Y nada de extraordinarios. Un pescadito.

CORON. Pero no bacalao.

CHAP. No; pescado fresco; algún ave acuática, como por ejemplo, una cerceta; su platito de legumbres, guisantes ó espárragos, dulces y frutas... ¿Para qué más?

CORON. Justo. (Ap.) (Veo el cielo abierto cuando convidan á este hombre.)

CHAP. ¡Ea! Vamos.

SERAF. El abrigo.

PELAGIA. El sombrero.

ZOE. El bastón. (Vistiéndole entre todas.)

SERAF. La bufanda.

OLIV. (Hablando á media voz en la izquierda con Agata.) Por fin. Necesito hablar á solas contigo esta noche en tu cuarto.

AGATA. (Vivamente.) ¿Esta noche? Imposible. Si lo supiera mamá.

OLIV. Es muy urgente y muy grave.

AGATA. No; otro día.

OLIV. ¿No quieres oirme? Corriente. Me voy á la ópera.

AGATA. ¿En Cuaresma?

OLIV. ¡Bah! Todas las bailarinas están hechas unos bacalaos.

AGATA. ¡Oliverio!

OLIV. ¿Me recibes?

AGATA. No, no puedo.

OLIV. Pues... buenas noches. (Le vuelve la espalda.)

SERAF. (Ap. á Sulpicio.) Siga usted á mi yerno y averigüe usted adonde va.

SULP. Está bien.

CHAP. (Envuelto en la bufanda.) ¿Han puesto el marrasquino en el coche?

CORON. Sí.

CHAP. ¿Y el calentador para los piés?

ELLAS. También.

CHAP. Pues... ea, señoras... caballeros... (Saludando.)

OLIV. (Á Roberto.) ¿Tú vienes?

ROB. (Sin quitar la vista de Ivona.) Te sigo.

OLIV. Pero... dime. ¿Por qué miras tanto á mi cuñada? (Ivona está junto á la chimenea con el Coronel.)

ROB. Porque me gusta mucho. (Ap.) (Hay un secreto en la familia. Yo lo descubriré.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

SERAFINA, AGATA y PELAGIA abriendo la correspondencia sentadas alrededor de la mesa. El CORONEL en el canapé y con un velador delante, recorta estampitas de santos.

SERAF. Sigue, Agata, y acabemos con esas solicitudes de socorro.

AGATA. (Leyendo.) «Señora baronesa: Estoy inútil desde hace »tres meses que me amputaron el brazo. Tengo cua»tro hijos y la junta no me da más que dos panes »por día...»

SERAF. (Interrumpiéndola.) ¿Lo recomienda el señor Chapelard?

AGATA. No, mamá.

SERAF. Al cesto.

CORON. Lo que á mí me asombra es la dilatada familia que exhiben siempre los postulantes. ¡Cómo se las arreglan para tener tantos hijos?

SERAF. Y sobre todo, por qué los tienen?... (De pie yendo á la chimenea á tomar un cuaderno.) ¿Cómo va eso?

CORON. Acabo de recortar á San Vicente y ahora me ocupo de

Santa Petronila que, por cierto, es muy engorrosa.

SERAF. (Volviendo.) Paciencia, asi ganarás...

CORON. Algún lumbago... Y con los latidos que siento en el pie... Con tal de que no sea la reaparición de la gota.

SERAF. Continuemos. Á usted, Pelagia.

PELAGIA. (Leyendo con anteojos.) «Señora baronesa. La pastelería »que explotábamos mi mujer y yo en el arrabal Montmartre...»

CORON. ¡Ah! Ese es Mauricio.

PELAGIA. ¿El antiguo cocinero que casó usted con la hija de la portera?

SERAF. Sí, con Leocadia.

PELAGIA. (Leyendo.) «No ha prosperado. En este barrio la clien»tela no es muy escogida, y como Leocadia sigue tan »intransigente como antes en lo que se relaciona »con las buenas costumbres...»

SERAF. Tiene razón; es una muchacha muy virtuosa.

PELAGIA. (Siguiendo.) «Trataba con tanta aspereza á cuantas »mujeres tenían algún tilde sobre su reputación, que »al cabo nos hemos quedado sin parroquia.»

CORON. Buen pastel han hecho.

SERAF. Los escrúpulos de Leocadia, merecen estímulo. (Á Agata) Responde que será atendida la petición.

AGATA. Esta es de la pobre Magdalena.

SERAF. ¿Mi antigua camarera?

AGATA. Si.

SERAF. Al cesto.

AGATA. Sin embargo, es muy digna de lástima; su carta es tan conmovedora...

SERAF. Mucho... Una... miserable que se deja seducir y lleva su atrevimiento hasta tener un hijo en mi misma casa.

PELAGIA. ¡Qué desvergüenza!

AGATA. Piedad.

SERAF. Hija mía, observo que te complaces en abogar por las malas causas. En fin... lee pronto.

AGATA. (Leyendo.) «Desde que me despidió usted, señora, es-

»toy sumida en la mayor miseria. El padre de mi hijo me ha abandonado.»

SERAF. Naturalmente.

AGATA. »No encuentro colocación á causa de mi niño, á quien »tengo que criar yo misma falta de recursos. Por »otra parte, tampoco me atrevo á enviar por informes á casa de usted.»

SERAF. Hasta ahí podríamos llegar.

AGATA. «Por Dios misericordioso, señora baronesa, venga »usted en mi auxilio ó soy perdida. Mi hijo se muere »de frío y de hambre. Deme usted unos harapos con »que cubrirlo y un pedazo de pan con que reanimarlo, y las bendiciones de esta pobre madre caerán sobre usted.» (El Coronel se suena.)

SERAF. ¿Ya estás enternecido?

CORON. No... son los recortes que se me meten en las narices...

SERAF. (Á Agata.) Está bien. Ocúpate de ella.

AGATA. Gracias.

SERAF. ¿No hay más?

AGATA. Las cuentas de la estación.

SERAF. ¡Ah! si. Liquida con Pelagia á fin de entregar su importe á nuestro amigo. (Se levanta.)

ESCENA II.

LOS MILMOS, SULPICIO, CHAPELARD, ROBERTO y DOMINGO que anuncia y desaparece.

DOM. El señor Chapelard. El señor Favrelles.

CHAP. Felices.

SERAF. ¿Y mi elección?

CHAP. (Frotándose las manos.) Viento en popa.

SERAF. ¿Sí?

CHAP. Según convinimos ayer, he visitado esta mañana á varios miembros...

ROB. Y yo á mi prima.

CHAP. Yo le traigo á usted seis votos más.

ROB. Yo diez seguros.

SERAF. (Entusiasmada.) ¡Oh! gracias, gracias. Entérese usted de esa correspondencia, señor Chapelard. Usted, mi amable inquilino, hágame el obsequio de imponerle al Coronel las condiciones que usted guste para el contrato. ¡Sulpicio! (Agata, Pelagia y Chapelard quedan sentados á la mesa. Roberto y el Coronel en el Canapé, junto á la chimenea. Serafina y Sulpicio hablan aparte en primer término.)

SULP. Baronesa.

SERAF. ¿Siguió usted á mi yerno?

SULP. He ejecutado religiosamente las órdenes de usted. No le perdí de vista.

SERAF. ¿Y á donde fué?

SULP. Á la ópera... por dentro.

SERAF. ¿Entre bastidores?

SULP. Sí... Así creo que lo llaman... Yo no he estado en el teatro más que una vez para ver á *Atalía*.

SERAF. Adelante.

SULP. Una vez allí, me encontré rodeado de una multitud de jóvenes vestidas... no, vestidas no es la palabra.

SERAF. Comprendo; el cuerpo de baile.

SULP. Eso es... (Bajando los ojos.) Medio desnudas... y...

SERAF. ¡Pobre Sulpicio! ¡Qué tormento para usted!

SULP. Si, señora, he sufrido mucho.

SERAF. Pero en suma... mi yerno...

SULP. Recostado en un bastidor, se puso á departir con una morena, alta, hermosa... (Movimiento en Serafina.) Si la impudicia puede serlo. En sus ademanes, comprendí que la tal criatura era un súcubo; é invocando el nombre de usted, dominé mi repugnancia y me resolví á hacercarme á una de aquellas pecadoras... rubia... sonriente... llena de atractivos... (Se repite el juego.) Si atractivos caben en quien no posee la pureza del alma. «¿Sabría usted decirme, la pregunté, cómo se llama aquella artista?—¿Cuál?—me respondió—¿la

que está hablando con Oliverio?»

SERAF. ¡Qué familiaridad!

SULP. Allí todos son unos. «¡Cómo!—añadió.—¿No conoce usted á Georgina? Venga usted, voy á presentarle.» Al oir tamaña proposición, sentí helárseme la sangre en las venas; balbuceé, no sé que pretexto, que hizo reir mucho á mi interlocutora, y, tropezando por corredores y escaleras, salí á la calle bendiciendo á Dios de haberme sacado incólume de aquel infierno.

SERAF. ¿Es capaz Oliverio de olvidar sus deberes con esa Georgina? Convendría asegurarme... preguntar en el teatro...

SULP. (Vivamente.) ¿Quiere usted que vuelva?

SERAF. ¿Entre bastidores?

SULP. Codeándose con el mal es como la virtud se aquilata. Deje usted que me acostumbre al peligro.

SERAF. ¿Pero á esta hora?...

SULP. Hay ensayo. Me presento, abordo á la rubia, inquiero donde vive su amiga... á quien recibe en su casa...

SERAF. (Asustada por el interés de Sulpicio.) Sulpicio... Se lo prohibo á usted.

SULP. Acaso convierta á alguna...

SERAF. Júreme usted que no irá.

SULP. Puesto que usted me lo exije... juro no ir...

SERAF. Lo prefiero... (Se reune á los demás.)

SULP. (Ap. completando la reserva mental.) Esta noche que no hay función; pero por la tarde no he jurado nada.

SERAF. (Á Chapelard que se ha levantado.) No se vaya usted todavía; tengo que entregarle el dinero de la cuestación. (Á Roberto y al Coronel.) Ustedes extiendan y firmen el contrato. (Á las señoras.) Nosotras á ver la obra de mi hija antes de que se la lleven. Vuelvo en seguida. Vamos. (Vanse las señoras por la izquierda.)

ESCENA III.

ROBERTO, CHAPELARD y el CORONEL.

CORON. ¡Anda! Esto sí que va á lo vivo.

CHAP. ¿Qué es ello?

CORON. Que le he cortado la cabeza á San Bartolomé. (Levantándose.) Media hora de trabajo inútil. Por vida de todos los demonios del infierno!

CHAP. ¡Qué lengua!

CORON. ¿Cree usted que esto es oficio de coroneles? Burlarse así de un hombre con barbas haciéndole recortar estampitas para los monigotes del Catecismo.

CHAP. ¿Pero qué mala yerba ha pisado usted hoy?

CORON. Piso sobre mi gota, que me ha vuelto y no me deja dar un paso.

CHAP. ¡Ah! Vamos... Comprendo.

CORON. Pues yo no lo comprendo, no señor, ni me lo explico. Usted me juró que si practicaba eso, tendría más ataques, y... en efecto, no puedo moverme. Yo he hecho un ajuste de buena fé y quiero que se cumpla lo pactado. El juramento obliga.

CHAP. Poco á poco... no siempre.

CORON. ¿Qué no?

CHAP. Según y como se hace. Si le promete usted la luna á un chico para que se vaya á dormir, ó le dice usted á una mujer...

CORON. No me venga usted con distingos...

CHAP. Queda la reserva mental. Puede usted añadir *in petto*: «no me propongo cumplirlo.»

CORON. ¿Sí? Pues ahora mismo le voy á hacer á usted uno en esas condiciones; y es que si vuelvo á pasar otra crisis como la última...,

CHAP. ¿Qué?

CORON. Nada, lo demás me lo digo *in petto*.

CHAP. ¿Pero cómo quiere usted que?...

CORON. No más gota. Dentro ó fuera. (Á Roberto.) Voy á ex-

tender el contrato. (Á Chapelard.) Ó devoto con salud, ó coronel con lo que venga. (Se va por la derecha.)

CHAP. Se declara en rebelión.

ROB. No es muy acomodaticio el Coronel.

CHAP. ¡Qué ha de serlo! ¿Si le pudiese decidir á emprender una romería? Acaso con el ejercicio...

ROB. Buena idea.

CHAP. Se la voy á proponer; pero no tengo confianza. A los hombres no se los convence tan aínas. . ¡Si fuera una mujer!... ¡Ah! Con ellas se entiende uno al momento. Á mí que me den mujeres. (Se va tras el Coronel.)

ESCENA IV.

ROBERTO y OLIVERIO.

ROB. Tiene razón Oliverio; son dignos de estudio.

OLIV. (Por el foro) ¡Calla! ¿tú aquí?

ROB. Y vencedor.

OLIV. ¿Te conceden el entresuelo?

ROB. Hoy firma el contrato.

OLIV. Estúdialo bien, porque con mi suegra...

ROB. Descuida.

OLIV. Si yo hubiera leído el mío de matrimonio...

ROB. ¿Quién no experimenta alguna decepción en su vida? Aquí tienes á tu amigo bajo el peso de una espantosa.

OLIV. ¿Á qué te refieres.

ROB. Á lo que he visto esta mañana.

OLIV. Sepamos.

ROB. Eran las seis y aun no había podido conciliar el sueño. El té, tomado contra mi costumbre, la ópera .. qué sé yo. El resultado es, que la noche se me ha ido viendo destilar en mi insomnio una procesión de muchachas, llevando al frente la criatura más seductora y angelical...

OLIV. ¿Tu desconocida de ayer?

ROB. La misma.

OLIV. Prosigue.

ROB. Harto de dar vueltas en la cama, me levanto; y coligiendo que una familia devota debe ir á misa diariamente, á las siete me planté en la iglesia.

OLIV. ¿Y estaba allí?

ROB. Con su madre, con la otra y con un caballero maduro. Concluida la ceremonia salgo y me pongo en acecho. La mamá, del brazo de la parienta, pasa la primera entre dos apretadas filas de mendigos; una de las jóvenes la sigue; por fin, aparece la niña detrás de todos. De repente, una mujer se abre paso por entre los pobres y le tiende una mano á mi protagonista que, encendida como una amapola, se pára, pronuncia la palabra nodriza, que he oído perfectamente, y ocultando en su devocionario una carta que le da la otra, se echa á correr para reunirse á los suyos. Busco á la nodriza á fin de que por unos luises me revele el misterio, pero ya había desaparecido dejándome aplastado por el estupor contra la columna.

OLIV. ¿Y qué?

ROB. Siempre *y qué*. Pues la cosa es clara. La respuesta de la carta de anoche.

OLIV. Es posible.

ROB. Es evidente. Y por la intervención de una nodriza.

OLIV. ¿Y qué más?

ROB. ¡Ah! ¿Tú no encuentras esto abominable? ¿No concibes que aborrezca uno cordialmente el matrimonio?

OLIV. Eres especial. ¿El que esa señorita sea lo que le dé la gana, qué me importa á mí? Tanto peor para ella. Yo no la conozco.

ROB. Pero la conozco yo y me importa mucho.

OLIV. Adios... ¿Ya estás enamorado?

ROB. ¿De ella? Líbreme el cielo; pero... en fin... es joven, guapa y naturalmente me inspira interés. Hay dentro de todo eso un problema cuya solución necesito. La carta de ayer me ha estado dando vueltas toda la noche en el cerebro. He llegado á creer que había visto mal; y aun hace poco, al contemplarla de rodillas re-

zando tan fervorosamente, me he arrepentido de mis dudas y he dado crédito á su candor, sintiéndome como aliviado de un peso enorme. Pero la aparición de esa mujer...

OLIV. ¡Bah!

ROB. Hombre, no digas... Desde ayer la estoy observando; y después de lo que sé...

OLIV. (Parando mientes y mirándole de hito en hito.) ¡Ah! ¿La has observado?...

ROB. (Dejándose llevar impremeditadamente.) Durante toda la velada. Basta tener un poco de sentido común y un átomo de lógica... La obligan á tomar el velo contra su vocación, es indiscutible. Ata con esto los demás cabos y por inducción reconstruirás el tenebroso dradrama que aquí palpita.

OLIV. Á ver, á ver.

ROB. Existe una pasión... Pasión satisfecha. La familia, que conoce la falta... porque hay falta; más aún, hay nodriza. La familia, repito, hace criar en secreto al fruto de ese amor y obliga á la desventurada á que profese para enterrar en un claustro su vergüenza. Pero por mucho que la vigilen, es madre, quiere tener noticia de su hija y escribe: La carta del buzón. Aguarda una respuesta y se la traen: ¿Quién? La nodriza. Conque si aciertas lo que escondo en el cuévano, te doy un racimo.

OLIV. Dios me perdone... ¿pero es de mi cuñada de quien hablas de ese modo?

ROB. Yo no he dicho...

OLIV. Te refieres á Ivona.

ROB. Pues... bien... sí; me he dejado llevar... no puedo retroceder. Ya que has roto el velo...

OLIV. Las costillas es lo que voy á romperte, calumniador.

ROB. Permite.

OLIV. Ivona es un angelito que no tiene nada que ocultar, sino sus actos meritorios por exceso de modestia.

ROB. ¿Encuentras meritorio su comercio epistolar?

OLIV. Á todas luces.
ROB. Tanto mejor.
OLIV. Todo lo comprendo ahora, y voy á dispensarte el honor de explicártelo. La baronesa ha despedido cruelmente á una pobre mujer, su camarera Magdalena, que, olvidando sus deberes, fué madre en esta misma casa. La infeliz, sumida en la miseria recurre á Ivona, y de ahí las cartas y la nodriza que tanto te preocupan.
ROB. ¿Tú supones?...
OLIV. No lo supongo, excéptico encallecido; estoy seguro de ello.
ROB. Tal vez... Pero mi hipòtesis es tan verosìmil.
OLIV. ¿Vuelta?
ROB. He visto tantas...
OLIV. ¿Tantas qué?
ROB. Mujeres que engañan con las apariencias.
OLIV. ¿Y llamas á eso mujeres? Ese es tu castigo. El no conocer á la virtud cuando te sale al paso.
ROB. (Ap.) (Me enteraré.)
OLIV. Medita tu propia corrupción y hasta luego.
ROB. ¿Te vas?
OLIV. Á hablar con mi mujer si mi suegra me lo permite.
ROB. ¿Para dar tu golpe de Estado?
OLIV. Sí.
ROB. Buena suerte.
OLIV. Adios, y no me pongas en el trance de ser más duro contigo. (Vase por el foro.)
ROB. Ó averiguo la verdad ó no me llamo Roberto. (Viendo llegar á Ivona.) ¡Ah! Ella.

ESCENA V.

ROBERTO é IVONA.

IVONA. (Entrando por la izquierda.) Agata, Agata...
ROB. No está aquí.
IVONA. ¡Ah! Usted dispense; no le había visto.
ROB. (Ap.) (Está contenta; han sido tan satisfactorias las

noticias.) (Alto.) ¿Busca usted algo?

IVONA. Busco el hilillo de oro. Agata había bajado por él.

ROB. (Ap.) (Y Oliverio le ha dado el *atrás paisano*.) (Alto.) ¿Es para el pie del fleco que trajo usted anoche?

IVONA. Justamente. Creí haberlo dejado en este salón. (Se pone á buscarlo.)

ROB. (Ap. encontrándolo sobre la mesa y guardándoselo en el bolsillo.) Sí... Aquí está. (Alto.) Si usted me permite que la ayude.

IVONA. Con mucho gusto, porque esperan el estandarte; lo tengo que llevar antes de las cuatro.

ROB. ¡Ah! ¿Va usted á salir?

IVONA. Con mi hermana. Tampoco está en la canastilla.

ROB. No... (Ap.) (Irá á ver al niño, es evidente.) (Alto.) El día no puede ser más hermoso.

IVONA. ¿No hace frío?

ROB. Al contrario; un tiempo primaveral.

IVONA. Yo juraría haberlo puesto aquí... (Se sienta y busca en la canasta de la labor.)

ROB. (Ayudándola.) Veamos. ¿Parece que le halaga á usted la idea de ir á paseo con este sol?...

IVONA. ¡Oh! Mucho. Sobre todo á pie. Me sucede tan de tarde en tarde.

ROB. Sin embargo, creo haberla visto á usted algunas veces...

IVONA. Sólo cuando vamos á la iglesia. ¡A mí que me gustaría tanto recorrer todo París seguidito, seguidito sin pararme!

ROB. ¿En el convento no las sacan á ustedes?

IVONA. Nunca.

ROB. No hay más exparcimiento que el jardín, que por cierto es bien sombrío.

IVONA. ¿Lo conoce usted?

ROB. Un poco. ¿No está usted en las hermanas de la Misericordia?

IVONA. Sí: en la calle de Vaugirard.

ROB. Precisamente. Hace algunos años iba á ver allí á una

amiga de mi hermana, prima lejana nuestra: Blanca de Chatenay.

IVONA. No la recuerdo.

ROB. (Ap.) (Ni yo tampoco.) (Alto.) Era anterior á usted... Y además, se ha muerto.

IVONA. Tan joven.

ROB. Dieciocho años; pobrecita.

IVONA. Qué lástima.

ROB. Tísica, según dicen; pero en mi concepto la han matado los disgustos.

IVONA. ¡Ah!

ROB. Querían torcer su inclinación y hacerla profesar á la fuerza.

IVONA. Entonces, se comprende...

ROB. ¿Verdad? Para mí no hay nada tan cruel como esas vocaciones impuestas.

IVONA. Es espantoso.

ROB. Se necesita estar tan seguro de sí mismo para renunciar al mundo y á sus encantos. La mayor parte de las veces es la familia la que sin consultarle á uno hace y deshace...

IVONA. Dice usted bien.

ROB. Acaso usted es un ejemplo...

IVONA. (Levantándose.) ¿Creo que hablábamos de su prima de usted y no de mí?

ROB. Tiene usted razón y le pido mil perdones. Pero hay en usted tanta analogía con ella... El mismo convento, la misma edad. Nosotros los profanos no podemos ver á la juventud y á la hermosura condenadas al olvido perpétuo, sin deplorarlo un poco por nosotros mismos y mucho más por ellas.

IVONA. Si... buscaremos el hililllo...

ROB. (Ap.) (Vocación forzada; es evidente.) (Alto.) ¿No estará escondido en el asiento del canapé?

IVONA. No creo.

ROB. (Sentándose en el canapé y buscando.) ¿Quién sabe? Pues á... el caso en cuestión reviste circunstancias agravantes.

Mi prima estaba enamorada de un muchacho, y la familia se opuso á que fuera su marido.

IVONA. (Del otro lado del canapé.) Tal vez no hizo una buena elección.

ROB. Al contrario.

IVONA. Créalo usted; de otra suerte, no se hubieran opuesto los padres á labrar su dicha.

ROB. (Ap.) (¡Ese respeto!... ¿Si no habrá amante?)

IVONA. (Sube la escena buscando.) ¿No parece?

ROB. No... no doy con él.

IVONA. Renuncio ya; se lo habrá llevado Agata. Le doy á usted mil gracias por la molestia que se ha tomado.

ROB. (Levantándose y aparte.) (Se va... y no he descubierto nada... todavía...) (Alto.) Un momento... dos palabras si no abuso...

IVONA. (Bajando.) De ningún modo...

ROB. Es un encargo de mi hermana.

IVONA. ¿Para mí?

ROB. Sí... para usted, porque no me atrevo á dirigirme á la baronesa. Es un asunto puramente doméstico. Se trata de una mujer que ha solicitado entrar como camarera al servicio de mi hermana... Una tal... Magdalena. (Mirando de hito en hito á Ivona que permanece silenciosa y tranquila.) Creo que hace poco desempeñaba las mismas funciones con su mamá de usted...

IVONA. En efecto.

ROB. Y que ha salido de la casa en condiciones que... no la permiten, á lo que parece, mandar por informes aquí.

IVONA. Sé que se marchó repentinamente, pero desconozco la causa.

ROB. ¡Ah!... ¿Usted ignora?...

IVONA. En absoluto.

ROB. Pero al menos... ¿se interesa usted por ella?

IVONA. ¿Yo? Si apenas la conozco. La habré visto un par de veces. Estaba entonces en el convento...

ROB. De modo que...

IVONA. Creo que es muy buena muchacha... Sin embargo,

cuando mi madre la ha despedido alguna razón habrá para ello.

ROB. Si pudiera usted darme aunque no fuera más que las señas de su casa...

IVONA. Si no las sé.

ROB. (Ap.) (¡Quiá! No es la camarera lo que le llama la atención.)

IVONA. ¿Decía usted?...

ROB. Que no insista... porque ya he averiguado lo bastante.

IVONA. Entonces, con permiso de usted...

ROB. ¡Ah! ¡Mire usted dónde estaba.

IVONA. ¡El hilillo!

ROB. Sí, detrás de mi sombrero.

IVONA. (Tomándolo.) Gracias... siempre se encuentran las cosas cuando menos se buscan.

ROB. Justo; y cuando se buscan no se encuentran. (Ivona saluda y se vá por la izquierda.)

ESCENA VI.

ROBERTO y SABINO.

ROB. No... no es la camarera; es el amante y... lo que sigue. ¡Pero qué aplomo tiene! Cásese usted después de esto. ¡Tan bonita! Porque es preciosa! Detesto el convento; y se explica lógicamente... Me ha faltado resolución; he debido acentuarme más. Necesito volverla á ver... á solas. ¿Por qué no? La duda mata. Yo sabré la verdad... (Viendo á Sabino.) ¡Ah! El monaguillo... Á él.

SABINO. El señor Coronel pregunta si puede usted pasar á su despacho.

ROB. Voy al momento... Pero antes oye. Acércate.

SABINO. (Con los ojos bajos.) Mande usted.

ROB. (Después de cerciorarse de que nadie los oye y bajando la voz.) Si esta noche me encuentro abierta la puerta del jardín que da á la calle de Vaugerand, te ganas veinticinco luises.

SABINO. ¡Vírgen Santísima! ¿Qué pecado mortal viene usted á proponerme?

ROB. Si, pero cincuenta luises... porque he querido decir cincuenta, son una verdadera tentación.

SABINO. ¿Ha dicho usted la puerta del jardín?

ROB. Á las ocho.

SABINO. ¿Me permite usted que ponga mi reloj con el suyo?

ROB. Así me gusta. (Montan los relojes.)

SABINO. No .. no... Le advierto á usted que yo no abro la puerta.

ROB. Entonces...

SABINO. Me olvidaré de cerrarla.

ROB. ¡Ah! Vamos. La escuela de Chapelard. Los distingos. Toma, toma veinticinco luises adelantados. (Le da unos billetes.)

SABINO. Por supuesto que si algo se descubre, yo no confieso ni una palabra.

ROB. Naturalmente. (Entra Chapelard por la derecha.)

CHAP. El Coronel le espera á usted con impaciencia.

ROB. Es verdad; lo había olvidado. (Ap., después de cruzar con Sabino una seña de inteligencia.) Adelante. (Roberto se va por la derecha y Sabino desaparece por el fondo á una orden de Chapelard.)

CHAP. ¿Qué vendrá á hacer este mancebo en la casa? ¿Será Ivona quien lo atrae? Hay que ponerse á la defensiva.

ESCENA VII.

SERAFINA y CHAPELARD.

SERAF. (Entrando por la izquierda y dando una bolsa de seda con dinero á Chapelard.) Aquí tiene usted, señor Chapelard, el dinero para los pobrecitos, Patagones.

CHAP. Tantas gracias. (Sentándose á la mesa para contarlo.) Salgo del cuarto del Coronel, cuya gota aumenta y con ella los juramentos.

SERAF. ¡Qué hombre!

CHAP. Mucho trabajo nos ha de costar el traerle al camino de la perfección.

SERAF. (Sentándose enfrente de Chapelard.) Del que me aleja á mí con los accesos de ira que me procura. Y todo ello por culpa de mi marido que le ha confiado la dirección de la casa durante su ausencia.

CHAP. Pues, mire usted, sobre la conciencia del baron irá cuanto usted haga desagradable á los ojos de Dios.

SERAF. Tal creo, si exijen expiación mis faltas...

CHAP. Él pagará por ambos.

SERAF. Es lo justo.

CHAP. (Guardándose el dinero.) Y á propósito, Baronesa; su yerno de usted no me parece que le da tampoco muchas satisfacciones...

SERAF. También fué elección de mi marido.

CHAP. Sí... sí... Obra del Baron. Usted no debe tener ningún remordimiento. Pues... ó mucho me equivoco ó entre Oliverio y su mujer va á ser necesario una ruptura.

SERAF. Es escandaloso.

CHAP. ¿Y con respecto á Ivona? ¿Qué piensa usted hacer al cabo?

SERAF. ¿Pues no lo sabe usted? Dentro de ocho días vuelve al convento para no salir de él. Esta mañana ha recibido la dispensa de edad y en cuanto expire el plazo tomará el velo.

CHAP. ¿Pero la vocación es decidida?

SERAF. Ya trataremos de inculcársela.

CHAP. Con paciencia...

SERAF. (Vivamente.) ¡Oh! No. Ya he tardado bastante. (Calmándose.) No extrañe usted mi celo... Esa niña hablaba apenas, y ya estaba consagrada al señor por mis votos.

CHAP. ¿Por sus votos de usted?

SERAF. Los más solemnes. Hace diez años que se los renuevo á Dios en mis oraciones.

CHAP. No sabía...

SERAF. (Vivamente.) Figurese usted qué suerte: Uno de los nuestros, consagrado á rezar constantemente por la

salvación de los suyos. Tener una intercesora para con el cielo... ¿Y había de ser tan desnaturalizada, tan egoista que rehusase?... No, es mi hija.

CHAP. Ciertamente; pero...

SERAF. Luego, qué triunfo para nuestra causa: El baron convertido, Ivona en el claustro, yo presidenta, y Los d'Armoise en derrota; porque ellos no tienen una hija que ofrecer á Dios. Y abandonados de sus amigos, la baronesa de Rosanges heredaría sus relaciones y su influencia... para emplearlas naturalmente en servicio de la religión.

CHAP. No obstante...

SERAF. (Impaciente y nerviosa.) Me abruma usted con su insistencia. No hablemos más de ello. Este es asunto entre Dios y yo. (Excitada.) Tengo prisa de pagar mi deuda; el cielo me la exije, y á cada instante temo que venga á reclamármela, descargando sobre mi cabeza un rayo de su cólera divina.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS y DOMINGO.

SERAF. ¿Qué es eso? ¿Quién le llama á usted?

DOM. Señora...

SERAF. Sabe usted que no quiero que se me moleste cuando hablo con el Señor.

DOM. Ha venido un caballero...

SERAF. Ya se le ha enseñado á usted á libertarme de los importunos. No recibo.

DOM. Se lo he repetido varias veces; pero insiste con tanta autoridad.

SERAF. ¿Y quién se permite?... ¿Lo conoce usted?

DOM. No, señora.

SERAF. Que deje su tarjeta y que vuelva á las cinco.

DOM. La ha dejado. Aquí está.

SERAF. (Levantándose.) Venga. (Domingo se va.) Hay entes inso-

portables... (Lee el nombre y palidece.) ¡Ah!

CHAP. ¿Qué?

SERAF. (Rehaciéndose.) Nada.

CHAP. (Levantándose.) ¿Cómo, nada? Se ha quedado usted cadavérica.

SERAF. (Ap., apoyándose en la mesa para no caerse.) ¡La cólera divina!... ¡Mi castigo!... ¡Él! ¡Él...

CHAP. (Leyendo la tarjeta.) «Enrique de Montignac, contra-almirante » ¿Qué nombre es este que así la demuda á usted?... Baronesa... está usted temblando.

SERAF. Una persona... á quien no he visto desde hace mucho tiempo... y que creía muerta .. Su aparición inesperada... Luego, nuestra conversación de hace poco (Cae en una silla á la izquierda.)

CHAP. Permita usted... (Abanicándola.)

SERAF. Ya pasó... no es nada...

CHAP. (Insinuante.) ¿Algún antiguo amigo?

SERAF. (Repuesta.) Un conocido, simplemente. Gracias. (Levantándose.)

CHAP. ¿Está usted mejor?

SERAF. Bien del todo. (Resueltamente.) ¿Quiere usted ver si se ha marchado ya?

CHAP. (Á Domingo que entra.) ¿Se fué?

DOM. No, señor.

SERAF. ¡Qué audacia!

DOM. Cuando le he suplicado que volviera á las cinco, me ha respondido mirando su reloj: «Prefiero esperar.» Y se ha sentado junto á la ventana que da al jardín.

CHAP. Es un insolente. Voy á decírselo...

SERAF. No, no se irá. Es preferible acabar de una vez. Que pase. (Se va Domingo.)

CHAP. Entonces me retiro...

SERAF. No, prefiero que se quede usted á mi lado. (Se sienta en el canapé.)

CHAP. Como usted mande. (Ap. sentándose en la izquierda.) (¿Qué significa todo esto?)

ESCENA IX.

DICHOS y MONTIGNAC.

DOM. El señor de Montignac. (Vase. Montignac saluda. Chapelard tose y le mira.)

MONT. Pido á usted perdón, señora, por mi insistencia en solicitar el honor de esta entrevista; insistencia de que después de todo me felicito, en razón del éxito que ha alcanzado.

SERAF. (Fría, altanera y sin mirarle.) Dispénse usted... Estaba tan ocupada con este caballero...

MONT. Llegado hace dos horas, no he querido retardar el cumplimiento de mis deberes.

SERAF. Le agradezco á usted la atención. Ya hacía tiempo que no le veíamos á usted.

MONT. Seis años .. Mis amigos me creían muerto en el Senegal.

SERAF. Por lo menos se susurró que había usted estado muy enfermo.

MONT. Es la verdad. Por cierto que, como me resiento todavía, va usted á permitirme que me siente. (Toma asiento en una silla.)

SERAF. (Ap.) (¡Qué suplicio!) (Alto.) ¿Viene usted á París por muchos días?

MONT. Depende, señora, del asunto que á él me trae.

SERAF. ¿Algún negocio?

MONT. Una cuestión de familia muy delicada y muy urgente.

SERAF. ¡Ah!

MONT. ¿Podré tener el gusto de saludar al señor barón de Rosanges?

SERAF. Está ausente. En Tierra Santa.

MONT. ¿Y á su hermano el Coronel?

SERAF. Creo que se encuentra enfermo. (Mirando á Chapelard.)

CHAP. Sí... bastante enfermo.

MONT. Los veré en mejor ocasión, porque espero, baronesa que me concederá usted otra entrevista más íntima. (Hace ademán de levantarse.)

SERAF. (Ap.) (Respiro. Se va.) (Chapelard se levanta.)

MONT. Pero sin esperar hasta entonces, le agradecería á usted que se sirviera prevenir á Ivona que su padrino desea abrazarla.

CHAP. (Ap. con intención.) (¡Hola! Es su padrino.)

SERAF. De buen grado complacería á usted; pero, desgraciadamente, Ivona ha salido... ¿No es cierto, señor Chapelard?

CHAP. Sí... debe haber salido.

MONT. Creo que se equivoca usted, porque hace un momento la he visto atravesar el jardín.

SERAF. La ha confundído usted sin duda. Sería Agata.

MONT. (Fría y resueltamente.) Le aseguro á usted, señora, que no cabe confusión en mí. Usted comprende sin esfuerzo, el afán que me devora por estrechar á esa niña contra mi corazón, y vuelvo á rogar á usted que la mande llamar enseguida.

SERAF. Va usted á convencerse. (Se levanta para llamar.)

CHAP. ¿Habrá usted encontrado á París desconocido? (Montignac no contesta.) ¡Qué transformación en sus calles! (Sigue el silencio. (Ap.) (No liga.)

SERAF. (Á Úrsula que entra por la izquierda.) ¿La señorita Ivona no ha salido hace poco? (Movimiento afirmativo de Chapelard á Úrsula)

URSULA. Sí, señora.

CHAP. (Ap. Sonándose para evitar las miradas de Montignac.) (Entendïó.)

SERAF. ¿Volverá para comer? (Signo negativo de Chapelard.)

URSULA. No, señora, está convidada en casa de la vizcondesa.

CHAP. (Ap. con satisfacción.) (Educada por mí.) (Úrsula se va.)

SERAF. Ya ve usted, almirante, que contra mi mejor deseo...

MONT. (Á media voz á Serafina.) Lo que hace usted es indigno... Tiemble usted.

SERAF. ¿Amenazas?

MONT. (Id.) Quiero verla... ahora mismo... De lo contrario...

ESCENA X.

DICHOS é IVONA.

IVONA. (Entrando precipitadamente sin ver á Montignac.) Ya está acabado el estandarte, y...

MONT. (Abriéndole los brazos.) ¡Ivona!

IVONA. (Échandose á su cuello.) ¡Padrino!

CHAP. (Ap.) (Tiró el diablo de la manta.)

MONT. (Estrechándola.) ¡Angel mío! ¡Alma de mi alma! ¡Qué alta! ¡Qué hermosa! ¡Ivona mía! (Estrechándola.)

IVONA. (Sin soltarse da su cuello.) ¡Qué alegría! Volverte á ver...

MONT. Si me parece un sueño... Después de seis años de ausencia; tenerte aquí... colmarte de caricias... ¡Es ella! ¡Ella!... (Ap. á Serafina.) Llevésela usted... Voy á venderme... Por favor... no puedo más. (Cae sentado á la derecha.)

SERAF. Retírate. (Á Ivona.)

IVONA. ¿Tan pronto? Si apenas le he dado la bienvenida.

SERAF. ¿No ves que tu padrino se afecta? Tu presencia le consume.

IVONA. Con tantas cosas que tengo que decirle.

SERAF. Basta. Te lo mando.

IVONA. (Cohibida.) Voy, mamá.

MONT. Sí, hija mía, mañana nos volveremos á ver.

IVONA. ¿Mucho rato?

MONT. Mucho.

IVONA. Entonces... me quedo más tranquila. ¡Ah! Qué contententa estoy... Cuánto te quiero... Toma... toma. Para tí... (Se va echándole besos.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS menos IVONA.

MONT. (Levantándose.) Por hoy, baronesa, no ambiciono más.

El cielo acaba de concederme en unos minutos toda la felicidad que no me hubiera atrevido á pedirle para mi vida entera. Mañana tendré la honra de volver, y espero... (Mirando á Chapelard.) que se dignará usted recibirme sin testigos.

SERAF. (Tocando el timbre.) Adios, almirante.

MONT. No; hasta la vista.

SERAF. (Á Domingo que aparece.) Acompañe á usted á este caballero.

MONT. (Á media voz.) ¡Ah! ¿Prefiere usted la guerra? Pues bien... Á muerte. Hasta mañana. (Vase.)

ESCENA XII.

SERAFINA, CHAPELARD, DOMINGO, ÚRSULA; luego SULPICIO, ROBERTO y el CORONEL.

SERAF. (Ap.) (Hasta nunca.) (Á Chapelard.) Llame usted... Que vengan... todos. (Chapelard toca el timbre. Serafina detiene á Domingo que iba á seguir á Montignac.) Si ese caballero que acaba de marcharse, se atreve á presentarse aquí de nuevo, ciérrele usted la puerta. Si la traspone está usted demás en mi casa. Cerciórese usted de que se ha ido. (Vase Domingo.)

URSULA. (Á ésta que entra seguida de Roberto, del Coronel y de Sulpicio.) Usted me responde de que Ivona no saldrá de su habitación en toda la tarde. (Vase Úrsula.) Sulpicio... Siga usted los pasos á ese hombre y averigüeme usted dónde vive...

SULP. ¿Pero quién es? ¿Cómo se llama?

SERAF. Tome usted su tarjeta.

SULP. (Tomándola y leyendo.) ¡Montignac! Volando. (Vase.)

ROB. (Oyendo el nombre.) ¿Montignac? ¡Mi tío!

SERAF. (Volviéndose bruscamente.) ¡Qué!

ROB. ¿Pero cuándo ha llegado? Yo no le esperaba hasta la noche.

SERAF. ¿El contra-almirante es su tío de usted?

ROB. Hermano de mi madre. Corro en su busca... ¡Ah, Coronel! El contrato...

SERAF. (Tomando el papel de las manos de Roberto y haciéndolo añicos.) ¿Es este?

ROB. Sí.,. firmado por mí.

SERAF. Lo siento. Es nulo.

ROB. (Extrañado.) ¿Cómo?

SERAF. Estaba alquilado ya.

CORON. ¡Serafina! (Serafina se sienta á la mesa y escribe rápidamente una carta.)

ROB. Baronesa... El procedimiento es algo irregular... y...

SERAF. (Á Domingo que entra.) Domingo: Abra usted la puerta al señor.

ROB. No es necesario. Saldré solo... (Ap.) (Y entraré solo también.) (Vase.)

ESCENA XIII.

SERAFINA, CHAPELARD, el CORONEL.

CORON. ¿Podrás explicarme?...

SERAF. Nada por ahora... Toma tu sombrero y lleva esta carta á su destino... (Dándosela.)

CORON. (Leyendo el sobre.) ¡Al Ministerio de Marina... Tan lejos...

SERAF. Tiene contestación...

CORON. ¿Pero y mi gota?

SERAF. El ejercicio te la aliviará. Aprisa.

CORON. ¡Ah! ¿Sí? (Sacando un cigarro.) Pues... mira; me lo fumo entero por el camino... (Vase.)

CHAP. Por Dios... que estamos en Cuaresma.

ESCENA XIV.

SERAFINA y CHAPELARD.

SERAF. Y usted, amigo mío, en busca del convento más seguro... y más ignorado, donde admitan á Ivona esta misma noche.

CHAP. El suyo.

SERAF. No basta... Es conocido... Vuele usted.

CHAP. Sí... sí....Urge. Lo comprento todo.

SERAF. (Aterrada.) ¿Qué dice usted?

CHAP. Un padrino que acaricia á su ahijada con tanta efusión... ¿Quién no sabe lo que es eso por experiencia?...

SERAF. (Cayendo en una silla.) ¡Ah! Me he vendido. Estoy perdida. Va usted á despreciarme, á maldecirme...

CHAP. ¡Oh! Eso jamás.

SERAF. Todo me acusa... y sin embargo... merezco indulgencia, joven... desatendida de mi marido...

CHAP. Lo iba á decir... ¡El barón! La culpa es del baron. Ánimo, baronesa... Harto ha sufrido usted ya; el cielo sabrá recompensárselo.

SERAF. No se detenga usted.

CHAP. Sí; tomaré el coche de casa.

SERAF. Pero pronto... (Vase.)

CHAP. (Yendo á la ventana.) Adios... ¿Á que me quedo sin la berlina? El Coronel sube en ella. ¡Eh! (Gritando.) Bájese usted... El carruaje es muy malo para la gota... Pues no faltaba más... Por fin... se apea. Ya que es pecador, que se mortifique yendo á pie. (Vase.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El cuarto de Ivona. Puerta en el foro dando sobre el jardín. Otra de entrada á la izquierda, y una comunicando con el interior á la derecha. Chimenea en uno de los ángulos y piano en el otro. Canapé á un lado. Velador con un *pouf* delante en el centro.

ESCENA PRIMERA.

OLIVERIO y AGATA entrando por la derecha.

OLIV. ¿Nos será dado por fin, mi querida Agata, hablar un momento á solas sin interrupciones ni sobresaltos?

AGATA. No sé...

OLIV. Tu madre, que por cierto me parece muy preocupada, se ha encerrado en su gineceo: Ivona recorre el jardín. Tomemos, pues, posesión de su cuarto, más inviolable que el tuyo, y entremos en materia.

AGATA. (Sentándose en el canapé.) Te escucho. ¿De qué se trata?

OLIV. De una determinación que, á mi juicio, resuelve el problema de nuestra vida. Nos vamos á separar.

AGATA. (Extrañada.) ¿Separarnos?

OLIV. Amistosamente.

AGATA. ¿Y me propones con esa calma semejante monstruosi-

dad? ¿Separarse marido y mujer?

OLIV. No, no hay que desfigurar las cosas. Ni tú eres mi mujer ni yo soy tu marido. No se puede pertenecer al mismo tiempo á su esposo y á Dios. Con el fervor que tú lo haces, hay que optar por uno ó por otro.

AGATA. Pero...

OLIV. Muchísimas mujeres, que yo estimo y venero, saben hermanar los principios de la religión con las exigencias de la vida conyugal, sin introducir los rigores del claustro en el seno de la familia. Comprenden que de todos los deberes que Dios les impone, el primero y más sagrado es la dicha de su hogar, y resultan mejores cristianas, cuanto son esposas más tiernas; pero esto constituye la verdadera religión, y á tí no te enseñan más que el fanatismo. Tu hogar no es de este mundo, pertenece al cielo; y para no ser ni ridículo ni importuno, me retiro.

AGATA. Pero... ¿hablas formalmente? ¿Puedes comparar el amor que ofrezco á Dios con el cariño que te profeso? ¿Tienes alguna queja de mí?

OLIV. Una sola. Has matado todas mis ilusiones.

AGATA. ¿Cuáles?

OLIV. Ya lo he dicho: todas. Mi sueño ha sido embellecerte la vida con nuestra juventud y nuestra fortuna. Tu objetivo se ha concretado á hacérmela aborrecer con la amargura y el hastío.

AGATA. Pongo por testigo al cielo...

OLIV. Permanezcamos en la tierra. Á mí me gustan los manjares delicados, la conversación chispeante del invierno alrededor de la chimenea, el ingénio, la alegría... Pues bien, mis amigos se han contentado con venir á verme una vez sola. Tu indiferencia, la acogida glacial que les ha hecho tu madre, la rigidez de los criados, nuestra mesa conventual, todo hería al propio tiempo su educación, su paladar y su vista. He tenido que suprimir los convites, privándome del talento, de la amistad, de las carcajadas...

AGATA. Pero ..

OLIV. Deliro por los viajes, que encantan por lo común á toda mujer joven y bonita. Te he propuesto llevarte á las orillas del Rhin: Tú no has querido visitar más que Roma, y de Roma sus iglesias, porque los museos te parecían indecorosos, las antigüedades impuras y Rafael... demasiado desnudo. Suprimidos los viajes. Me entretienen los teatros, los bailes, los conciertos...

AGATA. Siempre placeres mundanos.

OLIV. Sea; los suprimo igualmente. Pero, por Dios, mi mujer no es cosa mundana para que también me la supriman, encerrándola en sus habitaciones, de las que han hecho un santuario tan impenetrable, que el más casto deseo de su marido no encuentra un rincón donde meterse. Ya ves si has matado mis ilusiones. Entretente en contar los muertos.

AGATA. No encuentro más que uno que merezca ser llorado: Tu amor. Afortunadamente, me queda todavía mi hijo.

OLIV. (Sentado en el *pouf*.) ¡Ah! Sí, mi hijo; es verdad; otro cadáver. Vuelvo de África, ávido de encontrar un consuelo en sus caricias, y cuando le pregunto: «¿En qué te ocupas?» me responde: «En pedirle á Dios todos los días que mi papaito no vaya al infierno.»

AGATA. ¿Es malo también el enseñarle á que rece para que escapes á la tentación?

OLIV. Tanto equivaldría hacerle rezar para que no me cojan los gendarmes. Su conclusión sería siempre la misma. Mi padre es un bribón.

AGATA. (Luchando con su emoción.) Yo no soy más que una débil mujer y no puedo rebatir tus argumentos. En vano trataría de retenerte. ¿Lo deseas?... separémonos. Pero hazme al menos la justicia de confesar que si me he equivocado ha sido de buena fé. He tratado de hacerte feliz y no he sabido. Perdóname... Harto castigada estoy.

OLIV. (Levantándose y yendo á ella.) ¡Cómo! ¿Llorar?

AGATA. Sí... á pesar mío... Lo que me pasa es tan cruel... No lo merezco. He querido conciliar todos mis deberes de hija obediente, cristiana, asídua y esposa amante, y sólo he conseguido hacerme repulsiva á tus ojos.

OLIV. Agata, alma mía.

AGATA. No me hables así... ya sé que me detestas.

OLIV. ¿Detestarte? Al contrario; te adoro. Y si he estado tan duro contigo, es porque quería arrancarte una lágrima, herir una fibra de tu corazón. (Se sienta á su lado en el canapé.)

AGATA. (Con alegría.) ¿Y no te irás?

OLIV. Sin tí nunca; pero los dos juntos, al momento. (Se levantan los dos.)

AGATA. ¿Abandonar á mi madre?

OLIV. Á tu madre, sobre todo.

AGATA. Oliverio... ¿Qué me propones?

OLIV. Tu ventura y la mía.

AGATA. Me va á maldecir.

OLIV. En cambio yo te bendeciré. Acuérdate: «Dejarás á tu padre y á tu madre para seguir á tu marido.» Yo también sé la Biblia.

AGATA. ¿Y si nos equivocásemos?

OLIV. No temas.

AGATA. Sería abrirnos las puertas del infierno.

OLIV. Con tal de que no encontremos allí á tu madre...

AGATA. Bromeas en este caso...

OLIV. (Con calor.) No, no bromeo. Pero, por lo más sagrado, sé una vez en tu vida mi mujer, mi mujer de veras. Óyeme bien: ¿Quién puede aconsejarte mejor que tu marido, el padre de ese pedazo de nosotros dos, tu Oliverio que tanto te ama por él y que tanto le idolatra por tí? Agata... Agata mia, ven... sígueme... Yo seré tu defensor, tu báculo, hasta tu madre si lo quieres...

AGATA. (Luchando consigo misma.) ¡Qué combate!

OLIV. Vamos. (La puerta de la derecha se abre y aparece Serafina seguida del Coronel.)

AGATA. ¡Ah! Mi madre... ¡No! ¡Nunca!

OLIV. (Ap.) (¡Qué oportuna es mi suegra!) (Sube hacia la chimenea.)

ESCENA II.

OLIVERIO, AGATA, SERAFINA y el CORONEL.

SERAF. (Á Agata.) Se te oye desde mi cuarto. Pareces muy conmovida. ¿Qué sucede?

OLIV. Nada que exija la presencia de usted.

SERAF. ¿Está usted aquí? Yo le creía en el escenario de la ópera. (Movimiento de Agata que mira á su marido.)

OLIV. ¿Y en qué se funda usted?...

SERAF. (Á Agata.) Tu marido podrá decirte lo que hacía anoche á los piés de la famosa Georgina.

AGATA. ¡Ah!

OLIV. (Ap.) (¿Espolea sus celos? Tanto mejor.) (Alto, con calma, y bajando hasta Serafina.) Celebro, baronesa, que la policía de usted me evite explicaciones inútiles, y tengo el sentimiento de participarla, que desde este instante ceso de habitar bajo su techo hospitalario.

TODOS. ¿Qué?

OLIV. Salgo de esta casa para ir á cobijarme en la calle Lepelletier, número 22, cerca de la ópera.

AGATA. ¡Oliverio!

SERAF. Verdaderamente, hay para preguntarse una si sueña oyendo tamañas monstruosidades.

OLIV. (Tomando el sombrero que dejó sobre el velador.) De resultados menos funestos que aquellos á que nos expone á todos la mogigatería de usted.

SERAF. Ese es el lenguaje de un hombre que sólo vive de la materia.

OLIV. Soy muy material, señora.

SERAF. Se necesitan apetitos muy groseros...

OLIV. Mucho...

SERAF. ¡Oh, hija mía!... ¡Qué marido tienes!

OLIV. Hable usted con propiedad: ¡Qué marido no tiene!

Coron. Pero voto á cien mil legiones de demonios...

Seraf. ¿Eh?

Coron. Déjame que jure; la ocasión no puede ser más oportuna. Represento en esta casa á mi hermano y quiero saber con qué derecho se le dirige á su hija tamaño insulto.

Oliv. Aquí no hay insulto, Coronel, ni motivo de queja por su parte, ni perjuicio para Agata, sino un favor manifiesto, llevándome á otra parte un cariño que mi mujer no quiere aceptar.

Coron. (Ap.) (Dice bien.)

Oliv. Señora, calle Lepelletier, 22. Si mi esposa se toma el trabajo de discurrir, comprenderá que Georgina no es más que el símbolo de una nueva vida á la que me resigno por fuerza; tan por fuerza, que si se resuelve á darme el brazo... (Movimiento de Agata.) ¿No? ¿Es pronto aun? Paciencia... Esperemos.

Seraf. Es inútil: Agata cumplirá con su deber.

Oliv. Confío en ello. Coronel, beso á usted la mano. (El Coronel le tiende la suya. Oliverio le señala Serafina y ambos se abstienen de estrechársela.) Tendré una satisfacción en verle á usted por mi nueva casa, donde podrá usted jurar y fumar á su antojo... (Á Agata.) Número 22, no lo olvides. Baronesa... Dios guarde á usted... Es mi voto más ferviente; que la guarde y que no me la devuelva. (Saluda y vase por la izquierda.)

ESCENA III.

AGATA, SERAFINA, el CORONEL.

Coron. ¿Y le dejas que se marche?

Seraf. ¿Por qué no?

Agata. Hay que detenerle.

Seraf. Hija mía; déjate conducir por tu madre. Valor.

Coron. Mira que se va...

Seraf. No importa. .

CORON. ¿Pero y Agata? ¿Y su hijo?
SERAF. Yo se lo que me hago. (Á Agata.) ¿Adónde vas?
AGATA. Á mi cuarto; necesito estar sola. (Vaso por la derecha.)
SERAF. ¡Cuatro lágrimas!... Después me dará las gracias.

ESCENA IV.

SERAFINA y el CORONEL.

CORON. ¡Bonita situación para cuando vuelva tu marido!
SERAF. Se felicitará de ello como yo. Vengamos á lo que me interesa más directamente. ¿Traes la respuesta del Ministerio?
CORON. Verbal. El contra-almirante... ¡Ay! (Con un quegido arrancado por el dolor.)
SERAF. ¿Qué?... Acaba.
CORON. Espera, mujer. ¡Qué latidos! ¡Qué latigazos!
SERAF. Tanto mejor.
CORON. (Mirándola atónito después de sentarse en el *pouf* y frotarse la pierna.) ¡Cómo!
SERAF. Es una prueba á que Dios te somete por tu bien.
CORON. ¡Por mi bien! ¡Vaya un argumento!...
SERAF. Pero, en resúmen: ¿Montignac?
CORON. Sólo permanecerá dos días en París.
SERAF. (Con alegría.) ¿De veras? ¿Nada más?
CORON. Mañana sale para tomar el mando de la escuadra que está en Cherburgo.
SERAF. (Ap.) (¡Qué suerte!) (Alto.) ¿Y adónde se dirige esa escuadra?
CORON. Yo qué sé. Á alta mar.
SERAF. ¿No se te ha ocurrido preguntarlo?
CORON. Á mí, qué me importa.
SERAF. Á mí sí... Y vas á volver al momento...
CORON. ¿Al Ministerio de Marina?
SERAF. Indudablemente.
CORON. ¿Con mis dolores? ¿Y á pie?

ESCENA V.

LOS MISMOS y CHAPELARD.

CHAP. (Por la izquierda.) Puede usted tomar el coche, impenitente. Ya no lo necesito.

CORON. ¡Qué abnegación! (Levantándose.)

CHAP. Por un poco de sufrimiento material.

CORON. Pues como me repita... ya sabe usted lo que me tengo prometido por dentro.

SERAF. ¿Te vas?

CORON. Sí... me voy. (Ap.) (Pero esta vez un café con ron no me lo quita nadie.) (Vase por la izquierda.)

ESCENA VI.

CHAPELARD y SERAFINA.

SERAF. ¿Y bien? ¿Ese convento?...

CHAP. Ya lo he encontrado.

SERAF. ¿Sí?

CHAP. En la calle del Infierno. Un personal admirable... ¡Y un vinillo moscatel!... Recibirán á Ivona cuando usted quiera.

SERAF. ¿El asilo es seguro?

CHAP. Con rejas en todas las ventanas... Una vez dentro...

SERAF. Gracias, gracias.

CHAP. ¡Pobre baronesa! ¡Cuánto debe usted sufrir!...

SERAF. ¡Oh! Mucho; no sólo por mi delito, sino por sus consecuencias. Tener un sér nacido de mi falta, que se educa bajo el techo conyugal como hija de mi marido. Mi crímen sentado en su hogar para robarle sus caricias. Es espantoso... No hay nada que justifique una conducta que me atormenta en este mundo y me espanta por el otro.

CHAP. Sin embargo...

SERAF. ¿Y aun me pregunta usted por qué tengo tanta prisa

en encerrar á Ivona en un convento? Dieciocho años hace que sufro el atroz martirio de ver la encarnación de mi falta en esa niña, creciendo y desarrollándose á mi lado. Y lloro, y rezo; y cuando me figuro haher hallado el olvido en el éxtasis, el primer objeto que hiere mi vista es ella, rogando junto á mi mientras una voz murmura en mi oído: «Mujer liviana.» Acumulo las buenas obras, hundo mi frente en el polvo, llego á creerme una elegida del Señor; y entonces Ivona llama padre á mi marido y la voz me repite: «Esposa desleal.» Y dejaré este mundo admirada de todos, bendecida, santificada; pero al querer entrar en el cielo, me encontraré á mi hija cerrándome el paso; el grito acusador de mi conciencia me llamará adúltera, y me condenaré... Sí, me condenaré.

CHAP. Calma, calma.

SERAF. ¿Y por quién?... por esa criatura... Sin ella hace ya tiempo que todo estaría expiado. (Levantándose.) Porque á ese Montignac, á ese hombre, causa de mi perdición... lo aborrezco. (Con profunda convicción y dejándose llevar.) ¡Oh! Dios mío... Condénale á él también... que no se salve. (Cayendo sobre el canapé.)

CHAP. ¿Pero qué teme usted de parte suya?

SERAF. Todo. Posee una voluntad de hierro; no es casado; ni tiene otro hijo y delira por Ivona. Cuando la criaban, y más tarde en el colegio, iba á verla todos los días. Mi hija lo ha conocido antes que á mí y hasta lo quiere más. En fin, se escribían cartas tan llenas de ternura, que me he visto en la precisión de cortar el abuso. En una de las últimas, le decía él: «Paciencia, espérame, te casaré en cuanto llegue.»

CHAP. ¡Ah!

SERAF. ¿Comprende usted su egoismo? La quiere casar para procurarse una familia; y ha vuelto para arrebatármela.

CHAP. Con todo... Reflexionemos. Una vez colocada esa niña ya no es un obstáculo para usted. Los escrúpulos des-

aparecen y... (Fingiéndose asaltado de una idea.) ¡Oh! ¡Qué rayo de luz!... ¿Si la casáramos con Sulpicio?

SERAF. ¿Qué dice usted?

CHAP. El nacimiento de ese muchacho, no es tampoco muy regular...

SERAF. ¿Casar á Ivona? ¿Cometer una nueva infamia privando á su familia del dinero de la dote?

CHAP. (Perdiendo su entusiasmo.) ¡Ah! Pues sin dote no hablemos más del asunto.

SERAF. Además, si la induzco á tomar el velo, es por su propio interés.

CHAP. ¿Cómo?

SERAF. Hija del crímen, Dios no la puede bendecir; la haría desgraciada para castigarme; mientras que consagrándosela la pongo al abrigo de su cólera y procuro á su tiempo mismo su salvación y la mía. Esta noche en un carruaje nos la llevamos al convento. Un día más y nos hemos salvado. Montignac se va mañana.

CHAP. ¿La ha prevenido usted ya?

SERAF. No Voy á hacerlo. (Llama.)

CHAP. ¿Y si se resiste?

SERAF. No tiene más voluntad que la de su madre. (Á Úrsula que entra por la derecha.) Llame usted á Ivona.

CHAP. Entonces la dejo á usted con ella hasta la hora de la comida. Voy en busca de Sulpicio.

SERAF. Por cierto que la esperaba para que me diese las señas de ese... hombre.

CHAP. Algún olvido... Le tienen tan ocupado sus obras de caridad... Esta mañana me ha pedido prestado el dinero de los Patagones.

SERAF. ¿La cuestación?

CHAP. Me ha dicho que se trataba de salvar á un ser muy desgraciado. Si le hubiera usted visto llorar... ¡Vamos! Me ha enternecido.

SERAF. ¿Y se lo ha entregado usted?

CHAP. Todo. Con él tengo confianza.

SERAF. Sin embargo; es harto joven todavía.

CHAP. Pero un viejo en lo juicioso. ¿Conque la comida á las siete?

SERAF. Sí.

CHAP. Pues... hasta las siete. (Ap.) (Sin dote no; que se meta en el convento.) (Vase por la izquierda.)

ESCENA VII.

SERAFINA é IVONA.

IVONA. ¿Me llamabas?

SERAF. Sí... Ven, tengo que darte una gran noticia.

IVONA. ¡Ay! ¿Cuál? Á ver.

IVONA. Un beso, serafin mío. Ha llegado tu dispensa de edad.

IVONA. ¡Ah! Era eso...

SERAF. (Besándola.) ¿No te alegras?

IVONA. Míra, mamá... Toda vez que abordas este asunto ¿quieres que hablemos las dos con el corazón en la mano?

SERAF. (Inquieta.) Dí. (Se sientan en el canapé.)

IVONA. Pues... he reflexionado detenidamente en estos últimos tiempos y... me parece que os equivocais acerca de mis inclinaciones.

SERAF. ¿Que nos equivocamos?

IVONA. Sí... Y la culpa la tienen Sor Angélica y las demás hermanas, con la reputación que me han creado en el convento. No cesaban de decirme á cada instante: «¡Qué paloma sin hiel! ¡Qué ovejita para el Divino Pastor! ¡Qué bien le sentaría el velo á ese rostro virginal!» Y mil lisonjas por el estilo que yo escuchaba con la sonrisa en los lábios, pero sin darlas importancia alguna. De repente, un día, sin saber cómo, circula el rumor de que yo estaba resuelta á hacerme religiosa y de que en breve empezaría el noviciado. Corro en busca de la buena madre que me sale al encuentro, y, sin dejarme proferir una palabra, se echa en mis brazos y rompe á llorar. Las demás hermanas me ro-

dean y me besan sollozando. Contagiada con el ejemplo me pongo yo también á verter lágrimas y á repartir caricias... y nada más; por lo visto eso prueba que yo tengo vocación.

SERAF. ¡Ah!

IVONA. Pero... después me he examinado detenidamente y... no la tengo; ni tanto así, créeme.

SERAF. ¿Qué sabe de esas cosas una pobre niña que apénas viene al mundo? Déjate dirigir por tu madre que te conoce mejor que tú.

IVONA. ¡Vamos! Mamaita, si no puede ser. Á mi me encantan los bailes, los teatros, los viajes y... el aire libre. Me gusta todo; y la vocación consiste en que á una no la guste nada... más que Dios. ¿Cómo concilias tendencias tan opuestas?

SERAF. Tesoro mío. Eso que tanto te seduce no es más que vanidad. ¡Interroga tu conciencia!

IVONA. Ya lo he hecho; y mi conciencia me repite: «Ivona, tu no has nacido para el claustro. No vayas, que te arrempetirás.» Y hoy, y mañana y siempre me dice lo mismo.

SERAF. ¿Has reflexionado que te expones á perder tu salvación?

IVONA. ¡Bah! Si así fuese, tu habrías perdido la tuya, porque no has tomado el velo.

SERAF. ¡Oh! Yo...

IVONA. Tú y tantas otras. ¿No han de salvarse más que las que profesan? Dios no nos ha puesto en el mundo para no ser más que monjas. Y, si quieres que te hable con ingenuidad, yo quisiera hacer como tú... casarme.

SERAF. ¿Qué?...

IVONA. Y si el cielo me daba hijos, adorarlos... como tú á mí. Convendrás conmigo en que estamos á cien leguas del convento.

SERAF. Y te atreverías á hacer pública semejante confesión, hoy que nadie se ocupa más que de tu sacrificio? ¿Tendrías valor de gritar á las gentes: «No, no me

tributeis vuestra admiración, porque sólo soy digna de vuestro desprecio. He retrocedido ante la prueba. Llevaos las palmas y las coronas. No quiero ser la esposa de Dios, si no la compañera vulgar de un hombre cualquiera...

IVONA. ¡Oh!

SERAF. Tú no harás eso, Ivona mía; tienes harto bien puesto el corazón para resignarte á que te motejen. ¿No es verdad que te juzgo bien?

IVONA. Mamá... ¿Me quieres mucho?

SERAF. Mucho.

IVONA. ¿Qué deseas? ¿Mi felicidad?

SERAF. Sí.

IVONA. Pues... no insistas. Si te obedeciese sería muy desgraciada.

SERAF. ¡Oh! No eres tú la que discurre así. Alguien te ha dictado esas palabras.

IVONA. ¿Quién?

SERAF. Tu padrino.

IVONA. ¿Mi padrino?

SERAF. Sí; le has vuelto á ver.

IVONA. No.

SERAF. Júrame que ni te ha hablado... ni te ha escrito...

IVONA. En cuanto á escribirme...

SERAF. ¡Ah! Estaba segura de ello. (Levantándose.) Esa carta, dámela.

IVONA. La he roto.

SERAF. Mientes.

IVONA. (Levantándose.) Si yo fuera capaz de mentir, te hubiera negado la existencia de la carta; era más breve... Te repito, que la he roto.

SERAF. ¿Y qué te decía en ella?

IVONA. «He llegado, Ivona mía.»

SERAF. (Con amargura.) ¡Ivona mía!

IVONA. Siempre me ha llamado así. Nos queremos tanto...

SERAF. Basta de sensiblerías.

IVONA. Mira, mamá .. Yo no sé lo que haya podido ocurrir

entre él y tú para que desde hace algún tiempo le odies de esa manera. Pero en cuanto á mí es distinto. ¿Cómo quieres que olvide las primeras impresiones de mi vida? Si remonto á mi niñez, lo veo asomado á mi cuna velando mi sueño. Más tarde, en la enfermedad que tuve mientras tú estabas ausente, me encuentro una noche delirando en brazos de mi padrino que me grita: «No temas, aquí estoy yo.» Y me besa y llora, y la fiebre huye para no volver más acobardada por la solicitud de su cariño. Y aquí se paran mis recuerdos, en esa lágrima que siento correr aun, que todas tus caricias no han podido borrar y que el mundo entero no arrancará de mi frente porque tiene las raices agarradas en mi corazón.

SERAF. (Ap.) (¡Monstruo! Me la ha robado.)

IVONA. Y tú has hecho todo lo posible por desunirnos, confiésalo. ¡Te tenía una rabia! Perdóname, pero hemos convenido en hablar sin ambajes.

SERAF. ¿Y qué he hecho yo?

IVONA. Apenas... En la pensión y en el convento no ignoras que he sostenido con él una correspondencia muy seguida. Pues bien; al irle á entregar hace dos meses una carta á Sor Angélica, me dijo: «Es inútil; tengo orden de la señora baronesa de no dar curso á las misivas que lleven esa dirección, y de secuestrar las que reciba usted del mismo origen.» Me encerré en mi cuarto y me eché á llorar; pero al día siguiente, Catalina, mi nodriza, me vino á ver y le conté lo que me pasaba: «No te apures, tonta»—callóse la pobre viendo mi angustia.—«Dame tus cartas; yo se las mandaré á tu padrino y por el mismo conducto tendrás la contestación.»

SERAF. ¿Y accediste?

IVONA. Hice mal... ya lo sé... muy mal. Pero no tuve valor para oponerme. Ahora ya lo sabes todo; déjame que respire. ¡Qué peso se me ha quitado de encima!

SERAF. ¡Qué vergüenza! ¡Qué abyección!

IVONA. Por Dios, mamaita, sé indulgente. Díme que me perdonas.

SERAF. (Pausa.) La perdono á usted.

IVONA. ¡Usted!... ¡Qué severidad!

SERAF. Bien, te perdono; pero acaba. ¿Os habeis escrito por conducto de esa mujer?

IVONA. Sí; y he sabido que regresaba á Francia. Imagínate mi alegría, alegria que por cierto duró muy poco; porque al salir del convento hace un mes, diste la orden de no dejar entrar en casa á Catalina y... naturalmente, adios nuestras cartas. Yo que le esperaba á cada momento... estaba como loca. Así es que ayer, no pudiendo más... escribí á Catalina, y al ir á la iglesia... dejé... ¿Me has absuelto, verdad?

SERAF. Sigue.

IVONA. ¿No me volverás á reñir?

SERAF. No.

IVONA. Es que. . esto último es más censurable que lo anterior.

SERAF. Por caridad, concluye. ¿Dejaste qué?

IVONA. Dejé pasar á Agata delante y... eché la carta en el buzón.

SERAF. ¡Qué osadía!

IVONA. Si empiezas, me callo.

SERAF. ¿Y Catalina?...

IVONA. Me ha dado esta mañana su contestación, él *He llegado, Ivona mía*, que aguardaba con tanta impaciencia.

SERAF. ¿Y qué más?

IVONA. Nada más.

SERAF. Ponte en guardia, Ivona, el demonio tentador te acecha para perderte.

IVONA. ¿Quién es el demonio? ¿Mi padrino?

SERAF. Quiere arrancarte de mi lado.

IVONA. No lo creas.

SERAF. Júrame que no le volverás á escribir. Júramelo.

IVONA. Mamá.

SERAF. Ó te retiro mi perdón.

IVONA. Pero... ¿le veré?

SERAF. Sí... le verás.

IVONA. Á esa condición, te lo juro.

SERAF. Esta misma noche entrarás en el convento.

IVONA. (Asustada.) ¡Cómo! ¿Insistes en que sea religiosa.

SERAF. Más que nunca.

IVONA. Pues no te he dicho ..

SERAF. (Sentándose junto á Ivona en el canapé y cambiando su aspereza por la dulzura más refinada.) ¡Ivona de mi alma, corazón mío!... Te lo ruego... No causes mi desgracia y la tuya... Óyeme. Déjame aconsejarte... Yo te conduciré tan insensiblemente y por caminos tan accesibles que ni tú misma lo notarás...

IVONA. No lo creas...

SERAF. (Cerrándole la boca con un beso y continuando la obra de persuasión.) Y cumplirás mi voto... Y salvarás á tu madre, hija de mis entrañas. Serás la oración perpétua de mi vida, mi vida entera. No alentaré sino para tí, y te bendeciré cien veces, de rodillas... Como ahora... (Inclinándose ante ella.) Porque... dices que sí... ¿No es verdad? Has dicho que sí... Lo has dicho... ¡Oh! gracias.

IVONA. (Desprendiéndose de ella.) ¡Jesús! Me das miedo...

SERAF. (De pie exasperada.) ¿Y tú á mí? ¡Hija desnaturalizada! que no haces nada, nada por tu madre.

IVONA. (Levantándose.) Por Dios...

SERAF. ¡Silencio! ¿Y yo me bajo hasta rogar, cuando tengo el derecho de exigir...

IVONA. Escúchame...

SERAF. Bien merecida tienes la reclusión. Una criatura sin decoro que escribe cartas clandestinas.

IVONA. Eres cruel. Me habías perdonado.

SERAF. ¿Aun te revuelves contra mí?

IVONA. No; pero...

SERÀF. Esta misma noche quedarás en reclusión.

IVONA. (Espantada, cogiéndose á los vestides de Serafina.) No... mamá, haré lo que me mandes... Pero por piedad... ir al convento, no... Tengo miedo... No me encierres allí...

Es horrible. Me moriré...

SERAF. Lo he prometido.

IVONA. (Sollozando.) Tú no puedes haber jurado hacer mi desesperación. No eres una fiera...

SERAF. (Imponiéndose.) Basta... Soy tu madre. Te lo mando.

IVONA. (Retrocediendo aniquilada hasta caer en una silla.) Te obedezco... Iré..... iré.

SERAF. (Intenta salir; pero retrocede y se inclina sobre Ivona tendiéndola los brazos con verdadera ternura maternal.) Y sin embargo... Si tú consintieras... Si me dijeses: «Madre mía... por darte gusto, por respetar tu voto, entraré en el convento expontáneamente, sin violencia.» ¡Yo te querría tanto!...

IVONA. No puedo... Ya lo ves... no puedo...

SERAF. (Reconquistando su autoridad.) Pues bien... Por más que os empeñeis los dos... serás feliz á pesar tuyo. (Vase.)

ESCENA VIII.

IVONA, luego ÚRSULA.

IVONA. ¡A pesar mío! Sí... lo haré. Y una vez allí dentro... sin defensa, sin voluntad propia... ¡Oh! Primero me mato. (Levantándose.) Aun me queda él, mi padrino. Vendrá en mi ayuda. Le prevendré. Voy á escribirle. (Se pone á escribir febrilmente, de pronto se detiene.) Pero he jurado... Si le veía, (Vuelve á escribir.) y no me lo dejará ver... Estoy segura de ello. No me queda otro recurso. ¿Á quién confiar mi carta? (Úrsula entra por la derecha trayendo luces. Ivona oculta la carta.)

URSULA. La señora baronesa manda que la señorita coma en su cuarto.

IVONA. ¿Aquí? ¿Sola?

URSULA. La prohibe á usted salir de sus habitaciones hasta que venga á buscarla.

IVONA. (Ap.) (¿Á quién recurro? Á Agata.) (Alto.) Úrsula, diga usted á mi hermana que yo la llamo.

URSULA. Está indispuesta y se ha encerrado por dentro.

IVONA. Pues... á su marido...
URSULA. Ha salido de casa con intención de no volver más.
IVONA. ¿Qué es esto? ¿Me entierran viva?
URSULA. Hay orden de no dejar entrar á nadie aquí.
IVONA. Pues bien; usted... á quien no he hecho nunca ningún daño. Hágame usted el favor de hacer llegar en secreto esta carta á su destino. Mi gratitud será eterna.
URSULA. No me atrevo, señorita; si tomo ese papel será para entregárselo á la señora.
IVONA. (Desesperada.) ¡Todos contra mí!
URSULA. ¿Sirvo á usted ya?
IVONA. No, déjeme usted. (Vase Úrsula por la izquierda.) Todo ha concluido para mí. Estoy perdida. (Cayendo en una silla.(

ESCENA IX.

IVONA y ROBERTO.

ROB. (Apareciendo en la puerta del jardín.) Aun no.
IVONA. (De pie, asustada.) ¿Quién?
ROB. (Cerrando la puerta.) Silencio...
IVONA. ¡Cómo! ¿Usted?
ROB. He encontrado abierta la verja del jardín y...
IVONA. Viene usted... indudablemente en busca de mi madre.
ROB. No... Es á usted á quien busco.
IVONA. ¿Á mí?
ROB. Los momentos son preciosos. Si yo pretestase que mi venida es un efecto casual, no lo creería usted y tendría razón. Me hallo aquí deliberadamente porque... la amo á usted.
IVONA. ¿Qué? (Con altivez.)
ROB. No tema usted nada. Están en la mesa... Nos dejan solos.
IVONA. Pero... ¿Con qué derecho?
ROB. Una palabra y concluyo. El criado que me ha abierto la puerta, me lo ha contado todo. Esta noche se la llevan é usted al convento.

IVONA. ¿Y qué más? Acabemos.

ROB. Y va usted violentada; y yo á fuer de hombre de honor la vengo á salvar á usted.

IVONA. ¿Y usted... es un caballero?

ROB. ¿Puede usted dudarlo?

IVONA. ¿Y tiene usted una hermana, según me ha dicho?

ROB. (Confundido.) Efectivamente.

IVONA. ¿Y si un hombre se atreviera á dirigir á su hermana de usted la proposición que acaba usted de formular conmigo, qué haría usted con ese hombre?

ROB. (Cohibido.) Yo...

IVONA. Pues bien, yo no tengo hermana y me veo en la necesidad de defenderme yo misma. Mi madre le ha cerrado á usted las puertas de esta casa. Yo le arrojo de ella ignominiosamente. Salga usted.

ROB. Permítame usted que extrañe la acogida que da usted á mi...

IVONA. ¿Á la insolencia?

ROB. ¿No es insolencia el amarla á usted?

IVONA. Todavía.

ROB. Ni el sorprenderla echando en el buzón cartas que desgraciadamente no están dirigidas á mí.

IVONA. (Deteniéndose en el momento en que iba á llamar y bajando de nuevo.) ¿Y es eso sin duda?...

ROB. Lo que me ha hecho esperar... (Resueltamente.)

IVONA. ¿El qué... (Con majestuosa serenidad.)

ROB. (Mirándola fijamente y trocando en respeto y timidez su audacia ante la mirada franca y enérgica de Ivona.) Que acogería usted benévolamente mi cariño .. Y esta idea .. me ha alentado á...

IVONA. No tiemble usted... hable usted claro como yo.

ROB. (Balbuciente.) Creí... supuse... y no obstante... (Cambiando de tono y con verdadera persuasión.) ¡Oh! Perdón. Me he equivocado. Soy un monstruo. Tengo vergüenza de mí.

IVONA. (Dándole la carta.) Hé aquí una carta dirigida á la misma persona. Puede usted leerla.

ROB. Nunca.

IVONA. Lo exijo, es mi rehabilitación.

ROB. (Mirando el sobre.) ¡Montignac! ¡Mi tío!

IVONA. ¡Qué oigo!

ROB. ¡Su padrino!... ¡Era él!... (Al leer las primeras palabras.) ¡Miserable de mí! ¡Cómo me debe usted despreciar! Y sin embargo, no lo merezco. Abrigo sentimientos de honor y de hidalguía en este corazón ulcerado. Deje usted caer su mano sobre mi boca en signo de clemencia. Será una caridad que dará frutos de virtud. (Ella le tiende la mano.) Gracias, gracias. Me ha redimido usted.

IVONA. Ahora... Adios.

ROB. ¿Adios? ¡Oh! Jamás. Yo no me voy así.

IVONA. ¿Qué pretende usted?

ROB. Usted llama á mi tío en su ayuda, y como él no está, tomo su puesto. Venga usted al lado suyo... Él la salvará.

IVONA. ¿Abandonar esta casa? ¡Oh! no. Harto castigada estoy de mis inocentes ligerezas para cometer una acción que mi conciencia rechaza. (Se sienta en el canapé.)

ROB. Aún están de sobremesa. No se nos presentará ocasión más propicia. Diez pasos la separan á usted de la libertad...

IVONA. Márchese usted.

ROB. Pero Ivona de mi alma; perdón, estoy loco. Piense usted que dentro de unos minutos vendrán para llevársela al convento.

IVONA. (Tratando de no darle oídos.) ¡Por Dios!

ROB. ¿Qué digo al convento? Á la cárcel. ¿Qué es la cárcel? La tumba.

IVONA. Me hace usted daño.

ROB. Y que en vano la reclamaríamos á usted mi tío y yo. El que cae en esa huesa no sale más: Aunque grite no se le oye.

IVONA. Ya lo sé...

ROB. Pues bien... huyamos.

IVONA. No, antes la tortura, antes la muerte que faltar á mi deber.

ROB. (Fuera de sí.) El mío es no dejar que usted se pierda por escrúpulos insensatos.

IVONA. Basta.

ROB. No defenderla á usted sería convertirme en el más cobarde de los hombres y en el más estúpido de los amantes. (Tratando de llevársela por fuerza.)

IVONA. ¡Ah! (Con un grito arrancado por el pudor.)

ROB. ¡Ivona! ¡Alma de mi alma! Mujer mía ante Dios.. Vamos.

IVONA. Por piedad.

ROB. (Persistiendo violentamente y embriagándola con sus palabras llenas de pasión.) Montignac nos aguarda. Seremos sus dos hijos.

IVONA. (Con voz desfallecida.) Favor... Socorro...

ROB. Nos ofrece la felicidad, la vida, el amor...

IVONA. (Desprendiéndose de Roberto y corriendo á la puerta de la derecha.) ¡Á mí... Madre mía... Sálvame. (Cae sentada en el foro.)

ROB. (Desesperado.) Todo se ha perdido.

ESCENA X.

LOS MISMOS, el CORONEL, SERAFINA y CHAPELARD.

SERAF. (Entrando vivamente.) ¿Qué es esto? (Viendo á Roberto.) ¿Usted aquí?

CORON. ¿En el cuarto de Ivona?

CHAP. (Ap.) (Cómo se complica el asunto.)

CORON. (Furioso á Roberto.) Si yo le matase á usted ahora como á un perro...

IVONA. (Interponiéndose.) No... no es culpable... Yo... yo le he llamado.

TODOS. ¿Qué?

ROB. Juro á ustedes por mi honor que he venido por mi propio impulso.

IVONA. (*Ap. Espantada de sus palabras.*) (¡Oh! ¿Qué es lo que he dicho.) (*Cae sobre el canapé.*)

CORON. (*Á Roberto.*) Lo creo, porque lo confirman sus voces en demanda de socorro. ¿Pero es usted por ello menos digno de mi cólera? ¡Miserable!

SERAF. (*Al Coronel.*) Silencio. Pueden oirte.

CORON. ¿Y qué me importa?

CHAP. Nada de escándalos, Coronel. Todo lo que usted quiera, pero el escándalo jamás. (*Sube la escena.*)

SERAF. (*Á Roberto.*) ¿Por dónde ha entrado usted?

ROB. Por la verja. (*El Coronel sigue á Chapelard.*)

SERAF. Pues ya sabe usted por dónde tiene que salir. Mi hija no debe temer nuevas asechanzas, porque ahora mismo va á entrar para siempre en un convento.

ROB. ¡Oh! Coronel.

CORON. ¿Qué hay?

ROB. Á usted me dirijo respectuosamente como hombre razonable y de corazón entero y generoso. No deje usted que se cometa semejante iniquidad.

SERAF. Basta.

ROB. Baronesa. Soy joven, noble, rico. Amo á Ivona. Otórgueme usted la dicha de llamarme su esposo.

SERAF. ¡Qué audacia!

ROB. Diga usted más bien: ¡Cuánta admiración por sus virtudes! ¡Qué respeto á su virginal pureza!

CORON. (*Dudando después de mirar á Serafina.*) Después de todo... si la quiere como dice.

SERAF. Acabemos. (*Á Roberto.*) Salga usted, por última vez.

ROB. Señora. Es usted implacable. Está bien; me voy agobiado por la humillación, pero no vencido. (*Á Ivona.*) Una palabra sola de usted ha vastado para labrar mi redención. Soy otro hombre y lo probaré. Baronesa, Ivona constituye desde hoy la esencia de mi vida y la arrancaré de las manos de los verdugos, pese á quien pese. (*Vase por el foro.*)

ESCENA XI.

SERAFINA, IVONA, el CORONEL, CHAPELARD, ÚRSULA y DOMINGO.

SERAF. (Al Coronel.) ¿Y oyes con esa calma los insultos que me dirige?

CORON. Por evitar el escándalo. ¿No me has mandado callar?

SERAF. Antes; pero ahora...

CORON. Es que ahora precisamente me gusta á mí ese mozo. Lo encuentro sincero, apasionado, decidido... Y en suma, que también ha operado él mi redención. Me paso al enemigo, con armas y bagajes. El Coronel renace de sus cenizas.

CHAP. ¡Jesús!

SERAF. (Á Ivona.) ¿Estás dispuesta?

IVONA. Cuando ordenes.

SERAF. (Á Domingo que aparece.) El carruaje.

DOM. Señora. No parece el cochero. Salió y no ha vuelto aun.

SERAF. Tome usted uno cualquiera de plaza. (Vase Domingo. Úrsula entra trayendo el sombrero de Serafina.) Úrsula. Diga usted á Agata que la esperamos.

URSULA. La señorita no está en casa.

SERAF. ¿Adónde ha ido?

URSULA. No lo sé. Se ha marchado precipitadamente. (Úrsula se va.)

SERAF. Es imposible... (Á Chapelard.) Hágame usted el favor de acompañar á Ivona hasta el coche. Los sigo á ustedes. (Vase por la derecha.)

ESCENA XII.

EL CORONEL, IVONA y CHAPELARD.

CHAP. ¿En marcha?

IVONA. Vamos. Adios. (Al Coronel.)

CORON. (Ap. Besándola.) ¡Si las cosas se pudiesen arreglar á palos!

CHAP. Valor, hija mía.

CORON. Sí... Valor. Pedazo de mi alma. ¿Quién sabe aun?

IVONA. No; todo ha concluido para mí. (Sale por la izquierda con Chapelard.)

CORON. (Ap.) (Yo voy á hacer aquí una de *pópulo bárbaro.*)

ESCENA XIII.

SERAFINA y el CORONEL.

CORON. ¿Y bien?... ¿Agata?

SERAF. Se ha fugado... (Muy agitada.)

CORON. ¿Y adónde ha ido?

SERAF. No lo sé... Pero si tuviese la audacia de haberse refugiado en casa de su marido...

CORON. ¿Y llamas audacia á hacer lo que manda Dios?

SERAF. Pronto. Toma el sombrero y corre á la calle Lepelletier.

CORON. ¿Yo? Que vaya al diablo. Esta tarde como jamón con salsa de interjecciones.

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, CHAPELARD.

CHAP. Auxilio, favor... (Despavorido.)

LOS DOS. ¿Qué ocurre?

CHAP. Volemos... Una silla... (Sentándose.)

SERAF. ¿Ivona?

CHAP. Me la han robado.

LOS DOS. ¿Qué?

CHAP. En mis barbas. Al subir en el carruaje. Me han dado con la portezuela en el estómago y...

CORON. Ese joven sin duda... Cumplió su amenaza... Yo le alcanzaré. (Sale corriendo por la izquierda.)

SERAF. (Aparte.) No, no es Roberto. El otro... el otro ha sido. ¡Madre herida! Á luchar hasta morir. (Vase.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

En casa de Montignac en Auteuil. Salón de gusto severo y anticuado. Á la derecha la entrada á un cuarto. En el fondo chimenea entre dos puertas abiertas sobre un jardín, con escalinata. Á la izquierda, en primer término, un *secretaire*. En segundo, una puerta de comunicación. Sillas, butacas y una mesa en el centro. Sofá cerca de la mesa, á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

MONTIGNAC arreglando unos papeles y rompiendo otros. Luego OLIVERIO.

MONT. Todo está dispuesto. El coche, los cambios de tiro... ¡Qué lentas pasan las horas! Hay que matar el tiempo... Papeles inútiles... ¿Esto otro? Al cesto... ¿Dónde estarán?... (Tomando un paquete.) ¡Ah! Aquí. Las cartas de Ivona. Esta fué la primera. (Mirando una.) Tenía seis años... ¡Ángel mío! Parece que aspiro el perfume de la niñez. Alegría y candor al principie: nubes después, y al fin, tristeza y lágrimas... (Las besa.) ¡Santas reliquias, venid, os guardo junto á mi corazón para leerlas de nuevo al lado suyo. (Las guarda en el bolsillo del pecho de la levita, y toma otro paquete del *secretaire*.) Estas, marchitas y pálidas son las de su madre; de la Se-

rafina de entonces, enamorada y celosa. ¡Cuánta pasión para venir adonde hemos llegado!... Son armas de que no se debe uno desprender; pruebas que pueden ser útiles. Las pondré con las de Ivona... ¿Por qué no? Los extremos se tocan. (Junta, atándolos ambos paquetes, y se los guarda de nuevo en el bolsillo.) Este es el proceso de mi vida. (Mirando al reloj.) Media noche. Tres horas más y en marcha. (Escuchando á la puerta.) Todavía duerme; no se oye ningún ruído.

OLIV. Me han dicho que tu casa está abierta para mí.

MONT. (Abrazándolo con efusión.) Mi buen Oliverio.

OLIV. Otro abrazo. Pero di: ¿Tú no envejeces?

MONT. Cada día un poco. ¡Cuánto te agradezco que hayas acudido á mi cita!

OLIV. Y hasta el Senegal hubiera yo ido por estrecharte la mano.

MONT. Al Senegal, lo comprendo; pero venir á Auteuil, á estas boras y á esta calle...

OLIV. Efectivamente; está en un desierto. ¿Por qué has elegido un barrio tan excéntrico?

MONT. Baja la voz.

OLIV. ¿Hay alguien contigo?

MONT. Sí... Pero duerme en este momento, y con las puertas cerradas, no hay miedo de que nos oiga. ¿Fumas? (Ofreciéndole cigarros de una caja.)

OLIV. Siempre... (Tomando uno.)

MONT. (Sentándose en al canapé.) Pues si. Esta casa es una herencia de mi padre. No he vivido nunca en ella. Las raras veces que he venido á París, me instalaba en el centro. Pero, como ves, está aislada... la envuelve cierto misterio, la embellece ese jardín... y la he conservado por conveniencia entonces, y ahora por...

OLIV. (Encendiendo el cigarro y sentándose enfrente de Montignac.) Por gratitud. Comprendido. Recuerdos dulces... Bribón.

MONT. ¿Y tú, dónde te albergas? Mi criado se ha vuelto loco buscándote.

OLIV. Calla. Si es toda una novela. Te presento á un hombre feliz. Por la primera vez, desde que me he casado, he conseguido abrazar hoy á mi mujer como yo lo entiendo: á cuerpo que pides.

MONT. ¿Qué me cuentas?

OLIV. Es una joya mi Agata... cuando no tiene á su lado á su mamá.

MONT. ¡Ah! ¿Serafina?

OLIV. No me hables de Serafina. (Mirándole y enseñándole los dientes.) No me hables de ella. Muerdo.

MONT. ¡Hola!

OLIV. Detesto á los devotos.

MONT. Á los malos, me lo explico; pero á los buenos...

OLIV. ¿Dónde están?

MONT. Aquí tienes uno.

OLIV. ¿Tú?

MONT. Yo. (Levantándose.) El más sincero, el más ferviente de todos.

OLIV. Un lobo marino.

MONT. Pues ahí verás. No busques incrédulos entre nostros. El marino cree y practica. Reza cuando estalla la tempestad, y se encomienda á Dios en el momento del combate. Lo que no le impide cumplir con los deberes de soldado.

OLIV. Lo creo; pero conven conmigo en que Serafina observa una religión peculiar suya...

MONT. Tal vez.

OLIV. Que hacía de mi casa un infierno. Me he visto precisado á jugar el todo por el todo. Así, pues, esta tarde he hecho mi maleta y le he dicho á mi mujer que me trasladaba á la calle Lepelletier, pared por medio con una bailarina de la ópera.

MONT. Te has declarado en rebelión.

OLIV. Con un resultado prodigioso. Á las cinco me desprendía de las garras de mi suegra. Á las seis tomaba posesión de mi nuevo domicilio; y á las ocho abría la puerta para ir á comer en el café Inglés, cuando una

mujer tapada hasta los ojos y palpitante de emoción, se arrojó en mis brazos...

MONT. ¿Era la tuya?

OLIV. Agata, á quien he tenido estrujada contra mi corazón durante cinco minutos, paladeando las dulzuras de una escena desconocida aun en nuestro hogar. Figúrate... Mi mujer, en mi cuarto, conmigo y sin su madre. No... no. Es una de esas cosas que no pueden traducirse al lenguaje común.

MONT. Lo colijo.

OLIV. Hemos comido juntos en el mismo plato jamón y queso que salí á comprar. Llorábamos de alegría y nos limpiábamos los ojos con la servilleta... ¡Un idilio!...

MONT. Vuélvete al lado suyo; no la dejes sola. Mi objeto se reduce é decirte que me marcho.

OLIV. ¿Tan pronto?

MONT. Esta misma noche.

OLIV. ¡Cómo! Á ver, á ver. Engolfado en mi alegría que nada tiene que ver con tus asuntos... olvidaba ..

MONT. Al contrario, se relacionan muy íntimamente. Tú huyes de Serafina y yo te imito.

OLIV. Pero ¿por qué?

MONT. Ivona es mi ahijada...

OLIV. Adelante.

MONT. Yo soy soltero, no tengo hijos y la quiero como un padre. Serafina está celosa; porque presiente que mientras yo respire no enterrarán viva á esa criatura.

OLIV. ¿Tratas de impedirlo?

MONT. Á toda costa.

OLIV. ¡Ya! ¡Vamos! ¿Y me llamas para ayudarte? Ordena. ¿Qué hay qué hacer? (Voz de Roberto dentro.)

MONT. Gracias. Estaba seguro de tu lealtad. Pero silencio... Aquí llega otro á quien aguardaba con impaciencia.

OLIV. ¿Es Roberto?

MONT. Sí; le encontré esta tarde comiendo como un gamo y le dí cita...

ESCENA II.

MONTIGNAC, OLIVERIO y ROBERTO.

MONT. Buena hora de venir; te esperaba para comer.

ROB. Dispénseme usted... pero lo que ocurre me tiene como loco.

OLIV. ¿Qué pasa?

ROB. Han robado á Ivona.

OLIV. No, hombre, confundes. La robada es Agata.

ROB. Te digo que es Ivona. Tío, por Dios, es su ahijada de usted... ella le quiere con frenesí, yo la adoro con toda mi alma... Salvémosla.

OLIV. Pero, criatura, no disparates...

MONT. El hecho es cierto.

ROB. ¿Lo sabía usted ya?

MONT. Ivona está aquí.

OLIV. ¡Cómo! ¿Has sido tú el raptor?

ROB. ¿Aquí?... ¿Usted?... (Echándose en sus brazos.) ¡Tío de mi corazón!... ¡Tío de los tíos!...

MONT. Basta, basta...

ROB. ¡Qué idea tan sublime! ¡Otro abrazo!

MONT. (Deteniéndolo.) ¿Tanto la amas?

ROB. Más todavía.

MONT. Ya nos ocuparemos de eso.

OLIV. Sí, si... tiempo hay. (Á Montignac.) ¿Pero tú has pensado lo que has hecho? Es de una gravedad suma.

MONT. No lo desconozco.

OLIV. ¿Y cómo te has compuesto para?...

MONT. Sin pensarlo. Al salir de ver á Serafina, comprendí sus intenciones. Ocultarla á mis ojos, impedirme el que llegara hasta Ivona, encerrándola en cualquiera parte. Pero presintiendo que para ello aguardaría á que cerrase la noche, dejé á Ambrosio, mi fiel criado, la misión de vigilar la casa y corrí al Ministerio donde á las cinco me daban la orden de salir á tomar el mando

de la escuadra que está en Cherburgo. No había tiempo que perder...

ROB. No.

MONT. Hago que enganchen en las cocheras de Brión dos buenos caballos á una sólida berlina, y vuelvo á la calle de Casette donde sé por mi atalaya que todo está tranquilo. Me quedo en observación dentro del carruaje á pocos pasos de la casa de la baronesa.

OLIV. Abrevia.

MONT. Llega por fin la noche. El cochero del hotel ayuda al conserje á cerrar la puerta y cruza el arroyo para entrar en el café vecino. «Ambrosio, le digo á mi lebrel, síguele, pónmelo borracho como una cuba y ocúltalo donde no lo encuentre nadie.»

ROB. ¡Qué inspiración!

MONT. Pasa media hora. Vienen y van luces de un cuarto á otro. Todo indica que la marcha se acerca. Un criado abre el portón, mira en varias direcciones, y al ver mi berlina: «Cochero, pregunta: ¿Está usted libre?» El aludido, que tenía ya la consigna, responde que sí y avanzamos. El corazón se me salía del pecho. Enroscado como una serpiente en el fondo del coche, veo aparecer á Chapelard y á Ivona. Abren; ésta sube primero; cierro de golpe; los potros salen desbocados; y antes de que la pobre niña deje escapar un grito: «Si quieres tomar el velo, la digo estrujándola entre mis brazos, tendrás que optar por el de desposada, porque monjas no las admito á bordo.»

ROB. (Entusiasmado.) Colosal, épico.

OLIV. Sí.. bien cortado; pero falta el cosido.

MONT. Poseo la aguja... de marear.

OLIV. ¿Y qué piensas hacer?

MONT. Ponerme en camino á las tres de la madrugada en una silla de posta y llevármela.

OLIV. ¿Á Cherburgo?

MONT. Á Cherburgo.

OLIV. ¿Y luego?

MONT. Embarcarla...

OLIV. ¿Y después?

MONT. Dios dirá.

ROB. ¡Qué generación! Nosotros somos pigmeos al lado de estos titanes.

OLIV. Pero señores, por Dios... ¿Se han vuelto ustedes locos? Todo eso es muy bonito para una novela, pero en el mundo, las cosas no se hacen así. Se trata de una menor, y hay policía, autoridades, jueces... No se roba á una muchacha con esa facilidad.

ROB. Todos los días tenemos ejemplos de casos parecidos.

OLIV. Yo no te pido tu parecer. Hablo con tu tío, que es un hombre razonable. Déjanos... (**Roberto se aleja tratando de descubrir el cuarto en que se oculta Ivona.**) Montignac, vuelve en tí. Vendrán en tu busca.

MONT. ¿Quién? Y aun suponiendo que sospechen, nadie conoce esta casa más que tú.

OLIV. (**Á media voz después de cerciorarse de que Roberto no les escucha.**) ¿Y Serafina?

MONT. ¿Por qué dices eso?

OLIV. No lo sé... Se me ocurren unas ideas muy extravagantes... Te tengo por hombre tan sesudo, que al verte cometer esa cadetada no puedo por menos de preguntarme si por mucho que se la quiera, es capaz una simple ahijada de inspirar un golpe de estado de tal magnitud.

MONT. Oliverio.

OLIV. No... si yo no exijo ninguna confidencia; pero conven en que Serafina conoce esta casa mejor que yo. (**Roberto buscando, desaparece por el foro.**)

MONT. Y aunque así fuese.

OLIV. La conoce...

MONT. Yo no he dicho...

OLIV. ¡Y eres el padrino de Ivona! ¡Ángeles y serafines!... ¡Qué abismos descubro!... mi suegra...

MONT. Silencio...

OLIV. No cabe duda; debí suponerlo por lo implacable que

es con los otros.

MONT. ¿Te quieres callar?

OLIV. Si lo hubiera sabido antes... ¡Dios de las batallas!...

MONT. Baja la voz... Roberto...

OLIV. Es verdad. Pero, desgraciado, estás perdido. La baronesa va á venir.

MONT. Así lo creo.

OLIV. Huye de ella, escóndete.

MONT. Al contrario; la espero á pié firme. Al enemigo de frente.

OLIV. La acompañará la policía.

MONT. No. Vendrá sola. Sabe perfectamente que poseo armas con qué reducirla á la impotencia. (Dejando ver las cartas)

OLIV. ¿Sus cartas? ¿Piensas servirte de ellas?

MONT. Para salvar á mi hija del martirio...

OLIV. Tienes razón; yo haría otro tanto. Tratándose de una hija.., (Viendo llegar á Roberto y paliando la frase.) ...da. Una ahijada...

ROB. (Bajando.) Tío... ¿No me la dejaría usted ver un momento?

MONT. ¿Pero la amas de veras?

ROB. ¿Lo duda usted?

MONT. ¿Lo bastante para despedirte de la vida frívola que has llevado hasta ahora?

ROB. Lo juro por mi honor.

MONT. Lo veremos. Dentro de tres días te espero en Cherburgo para tomarte á bordo.

ROB. Gracias, gracias. Pero, déjeme usted estrechar la mano de Ivona.

MONT. Arregla primero tu maleta y vuelve. Agata estará aquí entonces, y en su presencia te permitiré que la arrulles. Porque supongo que traerás á tu mujer (á Oliverio) para que se despida de su hermana.

ROB. Vamos pronto... (Vuelve á retirarse como antes.)

OLIV. Ya te sigo... ¡Ah! (Á Montignac.) Á todo esto no me has dicho cuál es mi misión.

MONT. Tenerme al corriente de cuanto ocurra durante mi

fuga. Aquí está la nota con los cambios de tiro, clave secreta para el telégrafo, y puntos de parada. (Dándole un papel.)

OLIV. Descuida. Pero oye un consejo. (Á media voz señalando el bolsillo en que Montignac guarda las cartas.) Esas cartas no las guardes ahí.

MONT. ¿Por qué?

OLIV. ¿Quién sabe?... Serafina llegará hidrófoba... Se te echará al pescuezo...

MONT. ¡Qué ocurrencia!

OLIV. Ponlas bajo llave. Créeme. Esa mujer tiene ojos y manos de suplemento. No pierdas tus armas.

MONT. (Abriendo el *secretaire* y guardándolas en un cajón.) Dices bien... Por si acaso...

OLIV. ¿Es buena la cerraja?

MONT. Convéncete. (Cerrando con llave.)

ROB. (Apareciendo.) ¿No acabas hoy?

OLIV. Á tus órdenes. Hasta ahora mismo.

MONT. Gracias por todo.

OLIV. Yo te las doy á tí.

MONT. ¿De qué?

OLIV. Ahí es nada... Procurarme la ocasión de hacerle daño á mi suegra... (Vánse Roberto y Oliverio.)

ESCENA III.

MONTIGNAC é IVONA.

MONT. (Dando algunos pasos hacia la puerta de la derecha y deteniéndose.) No... Tengo tiempo de anunciarla el viaje. Cuanto más tarde será mejor. (Llegando á la puerta y aplicando el oído.) Aún descansa.

IVONA. (Entreabriendo la puerta.) ¿Qué haces?

MONT. No te creía despierta.

IVONA. Si no he llegado á dormirme.

MONT. Pues no te vendría mal algún reposo.

IVONA. No insistas. Después de lo ocurrido...

MONT. Te ha impresionado. ¿Verdad?

IVONA. Figúrate. Creerme en marcha para la reclusión y encontrarme libre... ¿Pero dónde estamos? ¿Qué casa es esta?

MONT. La mía en Auteuil. ¿No te lo he dicho?

IVONA. Es verdad. No me acordaba. ¿Y hasta cuándo vamos á permanecer aquí?

MONT. ¿Á tí que te parece?

IVONA. ¡Ay! Yo qué sé. ¡Estoy tan aturdida aún!... ¿Sabes que es espantoso lo que has hecho?

MONT. No...

IVONA. Sí.

MONT. ¿Hubieras preferido la clausura?

IVONA. ¡Oh! Jamás.

MONT. Entonces...

IVONA. Pero en fin... Reflexiona el estado en que estará mi pobre madre. Ponte en su lugar. Es horrible verme desaparecer de ese modo. ¿No la avisaremos?

MONT. ¿Que estás aquí? Si quieres volver con las monjas.

IVONA. Ni pensarlo, Pero tal vez se pudiera conciliar todo.

MONT. ¿De qué manera?

IVONA. Escribiéndola tú. «Tengo á Ivona en mi poder. Venga usted á buscarla, pero prometiendo usted que no la llevarán al convento.»

MONT. Te encerraban en él enseguida.

IVONA. Puede que no.

MONT. ¡Alma mia! ¿Quieres mucho á tu madre?

IVONA. Ya lo creo.

MONT. Y sin embargo, ha sido bien cruel contigo.

IVONA. No, pobrecilla. Es que se equivoca; pero lo hace con tan buena intención.

MONT. Con todo... Sus errores labran tu desdicha. No me hablabas así de ella en las cartas tuyas que conservo.

IVONA. ¡Cómo! ¿Las has guardado?

MONT. Sin faltar una.

IVONA. ¿Las que te escribía en el convento?

MONT. Y las anteriores. Desde la primera en que me dabas los días, con unas patas de mosca. así...

IVONA. ¡Ay! Á verlas...
MONT. No puede ser; las tengo guardadas.
IVONA. ¿Las volveremos á leer juntos?
MONT. Cuando quieras. Y tú dirás si las últimas son tan tiernas como las que te empeñas en mandarle ahora.
IVONA. ¿He hablado yo mal de mamá?
MONT. No, mi vida. Tú eres incapaz de hacerlo; pero te quejas, sufres, y para el que las lee, resulta evidente que tu madre es la sola causa de tus disgustos.
IVONA. Hay que quemar esas cartas.
MONT. ¿Quemarlas?
IVONA. ¡Si cayeran en sus manos!...
MONT. ¡Oh! Descuida.
IVONA. No importa; no me lo rehuses. Si la culpa es suya, no me toca á mí decirlo, y escribirlo mucho menos. Mi madre es desgraciada; padece, llora también. Prométeme que las quemaremos.
MONT. Corriente; nos entretendremos en ello durante el viaje.
IVONA. ¿Qué viaje?
MONT. El que vamos á emprender.
IVONA. ¿Y adónde?
MONT. Lejos de las celosías.
IVONA. Eso es muy vago... precisa más.
MONT. Pues bien; á Cherburgo.
IVONA. ¿Y cuándo?
MONT. Esta noche.
IVONA. ¿Para volver?
MONT. Lo más tarde posible.
IVONA. ¡Oh! ¿Y mamá?
MONT. Mamá, siempre mamá... Eres una ingrata.
IVONA. ¡Cómo!
MONT. La quieres más que á mí... bien se ve.
IVONA. No.
MONT. Sí, sí.
IVONA. Tú... es diferente... Eres mi padrino; pero ella es mi madre.
MONT. ¿Y qué?

IVONA. Que la ternura que le profeso es un deber sagrado. Mientras que la que siento por tí, puede decirse que se la robo á ella. Reflexiona á cuál de los dos le asiste el derecho de estar celoso.

MONT. De modo que si estuviera aquí y te vieras en la precisión de escoger entre su mandato ó el mío?...

IVONA. ¡Qué afán de torturarme!...

MONT. Pero en fin... ¿Á quién seguirias?

IVONA. Á ella.

MONT. Pues la voy á buscar...

IVONA. ¡Oh! No. ¡Cuando no está á mi lado me es tan dulce obedecerte!

MONT. Pedazo de mi vida. Tienes razón... Es tu deber. ¡Entre tu madre y yo!.. Pero... ¿Si yo fuese tu padre?...

IVONA. ¡Oh! Entonces...

MONT. ¿Te someterías á mi voluntad?

IVONA. Sí... porque serías el amo.

MONT. Con todo, en tu casa hay uno.

IVONA. ¿Papá? Ha abdicado... Y tú, no hay temor de que cedieses...

MONT. No, por mi nombre.

IVONA. ¡Todo iría tan bien! Tú no querrías más que darme gusto y yo me desviviría por complacerte... ¡Qué lástima que no seas!...

MONT. ¿Qué?

IVONA. ¡Ay! no... Iba á decir una monstruosidad.

MONT. Acaba, amor mío, te lo ruego.

IVONA. Nunca.

MONT. ¡Qué lástima que yo no sea tu padre! ¿Es eso?

IVONA. (Tapándole la boca.) Yo no lo he dicho.

MONT. (Extasiado.) ¿Pero lo piensas?

IVONA. ¡Qué descastada! Tan bueno que es el pobre para conmigo.

MONT. ¿Y yo? ¿No soy cien veces mejor?

IVONA. Sí... pero...

MONT. ¿Ha cuidado él de tí en la niñez, como yo lo he hecho? ¿Ha conducido tus primeros pasos y sorprendido tu

prímera sonrisa? ¿Quién ha pasado las noches al lado de tu cuna? ¿Es á él ó á mí á quien tú has comunicado tus pesares? ¿Hoy mismo, cuál de los dos te salva de la prematura muerte á que se te condena? Soy yo, siempre yo. ¡Oh! Ivona mía, tu instínto no te miente al inclinarte hacia mí. Adivína que la verdadera paternidad reside en este corazón todo, todo tuyo... Por consiguíente, me obedecerás, me seguirás, segura de que no he de hacerte sufrir, porque soy tu padre...

IVONA. (Abrazándole.) Sí... Mi segundo padre.

MONT. (Deteniéndose con amargura.) Eso... eso es, el... segundo. (Ap.) (¡Dios mío! ¡Tan dichoso que sería con una sola palabra y no poderla pronunciar!...)

IVONA. ¡Cómo! ¿Lloras?

MONT. (Cubriéndola de besos.) Sí, hija. (Ap.) (Esto al menos me es dado decírlo. (Alto.) Hija de mis entrañas. Hija mía, mía, mía...

IVONA. ¡Oh! ¡Cuánto sufres! ¿Estás celoso?

MONT. Sí.

IVONA. Pues bíen... Oye. (Á medía voz.) pero muy quedito, porque hago mal... (Enteramente al oído.) Te quiero más que á él. No se lo digas á nadie.

MONT. (Radiante de alegría y besándole las manos.) ¡Ah!... ¡Qué feliz soy! ¿De modo que nos iremos?

IVONA. Con una condición. Que me dejes escribirle á mamá.

MONT. ¿Qué?

IVONA. Papá... te lo sacrifico, pero mí madre no.

MONT. Permíteme siquiera elegir el momento de dar curso á tu carta.

IVONA. Bueno.

MONT. Entonces escribe.

IVONA. (Yendo vivamente al fondo.) Ahora mismo. (Volviendo.) ¡Ah! Dime.

MONT. (Sentado en el canapé y mirándola con embeleso.) ¿Qué?

IVONA. ¿Nos vamos solos?

MONT. Con un criado.

IVONA. ¡Ah!

MONT. ¿Quién más quieres que nos acompañe?
IVONA. Creí... que tal vez viniera otro...
MONT. ¿Roberto?
IVONA. (Vivamente.) Lo he preguntado sin intención...
MONT. Ya lo colijo... Pues no; se queda.
IVONA. ¿Por qué?
MONT. No me inspira confianza... Es un muchacho ligero... sin convicciones...
IVONA. (Interrumpiéndole.) Te equivocas, te equivocas. Si le hubieras oído como yo... Créelo, siente lo que dice.
MONT. (Levantándose.) Ya hablaremos de eso cuando nos reunamos allá con él.
IVONA. ¿En Cherburgo?
MONT. Sí.
IVONA. ¡Qué alegría!... Gracias, gracias...
MONT. ¡Tesoro mío!... ¡Cuánta franqueza! ¡Qué sinceridad! Ahí no hay doblez. (Ap.) (Se parece á su padre...)
IVONA. Pero... ahora que pienso. En mi cuarto no hay papel ni tinta.
MONT. (Abriendo el *secretaire.*) Aquí tienes de todo. (Ivona prepara una pluma y busca papel y sobres. En este instante se oye dentro un silbido prolongado y penetrante.)
IVONA. ¿Qué es eso?
MONT. (Ap. Alarmado.) (¡La señal!) (Alto.) Nada... (Ap.) (El enemigo se acerca. Ambrosio me previene.) (Alto.) Aguárdame.
IVONA. Pero...
MONT. Un instante. Vuelvo. (Se va precipitadamente.)
IVONA. ¡Qué plumas tan malas!... ¿No hay otras?... No. Se conoce que mi padrino lo ha guardado ya todo para el viaje. (Revolviendo cajones da con las cartas.) ¿Y este paquete? Por lo visto se le ha olvidado. (Mira las últimas.) ¡Ay! Si son mis cartas. Me gusta el caso que hace de ellas. Me las llevaré yo. ¡Qué susto le voy á dar! Después las guardaremos. (Se las guarda en el bolsillo y cierra el *secretaire.*)
MONT. (Entrando azorado y echando la llave al *secretaire.*) Pronto;

retírate...

IVONA. ¿Y cómo escribo?

MONT. En tu cuarto...

IVONA. Déjame tomar papel y...

MONT. Luego..

IVONA. Y á propósito de cartas. ¿Qué has hecho de las...

MONT. ¡Por Dios santo!... (Empujándola hacia la puerta.) Más tarde hablaremos. Escóndete.

IVONA. ¿Esperas á alguien?

MONT. Sí... Y llega ya... Y no debe verte.

IVONA. Adios. ¿Tengo tiempo de descansar un poco?

MONT. Si... Sí... Márchate. (Cerrando la puerta tras Ivona.) Respiro. Ya era tiempo.

ESCENA IV.

MONTIGNAC y SERAFINA.

SERAF. (Vestida de negro penetra resueltamente con altanería, y después de recorrer el cuarto con la mirada, clava sus ojos en Montignac procurando dominar su emoción.) ¿No me pregunta usted por qué vengo á esta casa?

MONT. No, señora.

SERAF. Hace usted bien... sería inútil. ¿Es usted quién se ha llevado á mi hija?

MONT. (Con mucha calma.) Sí, yo me he llevado á nuestra hija.

SERAF. ¿Y con qué objeto?

MONT. Porque no me acomoda que vaya al convento.

SERAF. (Detrás del canapé.) Supongo que se trata de una irreflexión... Ha querido usted darme un susto; vengarse de la escena de esta mañana... En fin; ya está hecho... Ahora devuélvamela usted.

MONT. No... No hay irreflexión alguna. Me he apoderado de Ivona muy formalmente, y más formalmente todavía me propongo retenerla á mi lado.

SERAF. Es decir, que me la roba usted.

MONT. Como usted me la robaba tratando de suprimirla del mundo.

SERAF. Para entregársela á Dios y cumplir un voto. ¿Sabe usted lo que es un voto hecho al pie de los altares?

MONT. (Levantándose) Y tanto; como que yo también he hecho uno con la misma solemnidad: El de impedir que mi hija sea desgraciada.

SERAF. (Pasando á la derecha.) ¿Llama usted ser desgraciada á labrar su salvación al mismo tiempo que la de su madre?

MONT. Eso... eso es lo que á usted interesa, su propia salvación, y para lograrla le importa á usted poco que su hija sufra pasión y muerte. «¿No tienes vocación, pobre criatura? Que más da. Al convento. Tu madre necesita todas tus lágrimas para borrar su pasado. ¿Ha sido coqueta, frívola, liviana; ha hecho traición á sus deberes de esposa? Pues bien, tú vas á pagar por ella. Reza, hija mía, reza; yo he bailado por tí. Llora, alma mía, por lo que tu madre se ha reido. Púdrete en la soledad de un cláustro; desespérate y mutílate para el amor. La que te dió el sér tiene ya tomado el desquite.» Si llama usted á eso expiar sus faltas, hay que convenir en que es cómodo el procedimiento para el pecador. (Sube hacia la chimenea.)

SERAF. ¡Miserables insultos que desprecia una verdadera cristiana!

MONT. Una verdadera cristiana, hubiera ya caido á los piés de su esposo para confesarle su delito.

SERAF. ¡Ah!

MONT. Esa sería la verdadera expiación; la buena, la única. Pero el heroismo no cabe en usted.

SERAF. (Pasando delante de él detrás de la mesa.) Ni me lo exige Dios tampoco. Dios que me dará fuerzas para borrar mi falta á pesar de todo.

MONT. En nombre de ese mismo Dios que usted invoca: Busque usted la redención en sus propias mortificaciones, y si es necesaria la clausura entre usted en un convento; pero no se redima usted por poderes.

SERAF. ¿Es decir, que sobre haber sido culpable por usted es

preciso que por usted sea también perjura?

MONT. Sea usted lo que le dé la gana con tal de no ser mala madre.

SERAF. (Bajando.) Y es él quien se atreve...

MONT. (Siguiéndola.) No empecemos con recriminaciones. Tan culpable es el uno como el otro. Tengo la conciencia de mi infamia y la deploro como usted, más que usted: pero jamás se me ha ocurrido delegarla en un sér inocente. Mi religión es otra y me lo veda.

SERAF. Hablamos en lenguaje muy diferente para que nos podamos entender. Acabemos. Quiero mi hija.

MONT. Justo; acabemos. No la tendrá usted. (Se sienta en el canapé.)

SERAF. Se ha vuelto usted loco sin duda; porque no ignora usted que con sólo asomarme á esa ventana y dar un grito, la justicia le obligará á usted á devolvérmela.

MONT. Pues llame usted y todo París sabrá mañana que la recta, la incorruptible, la santa baronesa de Rosanges, estaba á media noche en casa de su antiguo amante. Será un soberano desquite para esas impías á quienes usted condena desde el pínaculo de su orgullo, y para esas desgraciadas pecadoras con las que se muestra usted tan implacable. Llame usted, llame usted.

SERAF. Diré que me ha robado usted á mi hija y todo el mundo se explicará que la madre venga á reclamársela...

MONT. ¿Á su padre?

SERAF. ¿Se atrevería usted á publicarlo?

MONT. ¿Si me atreveria? Dé usted una voz y se convencerá de ello.

SERAF. ¿Cometeria usted la bajeza de delatarme?...

MONT. ¿Por salvarla? Eso y mucho más.

SERAF. (Bajando.) ¿Y se tiene por hombre de honor el que así vende á una mujer?

MONT. (Bajando.) ¿No se tiene usted por madre, y tortura á su hija?

SEARF. ¡Miserable!

MONT. (Golpeando la mesa.) Diente por diente. No cometa usted

su infamia y no llevaré á cabo la mía.

SERAF. Pues bien... diente por diente; yo diré que es una calumnia y que ha mentido usted. (Corriendo á la ventana.)

MONT. (Impasible apoyándose en la mesa.) ¿Y las cartas que usted me ha escrito?

SERAF. (Espantada.) ¡Mis cartas!

MONT. Sí.

SERAF. No las conserva usted, las ha quemado.

MONT. Ni una. (Poniendo la mano en el *secretaire*.) Si necesita usted pruebas...

SERAF. (Bajando desesperada.) ¡Cobarde, que encuentra buenas todas las armas para esgrimirlas contra mí! ¡Cobarde! ¡Cobarde! (Cae sentada.) ¡Haber pertenecido á este hombre! No poder... No... mentira. Yo no he sido suya jamás... ¡Dios mío! Tú que todo lo puedes, haz que no sea así... No quiero... ¡Monstruo!... (Revolviéndose en el canapé sin dejar de mirar á Montignac.)

MONT. (Detrás del canapé.) Me da usted lástima. Y bien, conservaré á mi hija... pero...

SERAF. No... no es su hija de usted... Mentís, su padre es mi marido... Él.

MONT. (Oprimiéndole el brazo violentamente.) Atrévase usted á repetirme eso frente á frente.

SERAF. ¡Ah! Sí... Sí... (Aterrada.) Perdón. Estoy loca. Es usted cruel conmigo. Y todo por haberle amado. ¡Oh! Acuérdese usted de aquellos días... ¿Quién me lo hubiera dicho entonces, cuando á mis piés me juraba usted amor eterno... (Procurando atraérselo con la evocación de su cariño.) Y sin embargo... Ahora... Al entrar aquí, mi corazón latía con la misma violencia... y si te hubiera encontrado cariñoso, bueno para conmigo... Porque no en vano te hice dueño de mi corazón... No puedo odiarte... Una palabra afectuosa... y todo lo olvido. Devuélveme esas cartas... y renace Serafina. (Incorporándose hasta él.)

MONT. (Estóico.) Pide usted muy caro.

SERAF. (Retrocediendo de un salto.) ¡Oh! He mentido. Le aborrez-

co á usted... Me da usted horror...

MONT. Así, así; sincera.

SERAF. ¡Ladrón de mi hija! Pero... Dios mío. ¿Dónde estás? ¿No ves que combato por tu causa? Ayúdame... Es un impío... Mátalo...

MONT. Conmovedora plegaria.

SERAF. Ivona... Óyeme; ven... (Gritando.)

MONT. (Tratando de hacerla callar.) ¡Silencio!

SERAF. (Corriendo á la izquierda.) ¿Dónde estás? Te llama tu madre.

MONT. (Sujetándola y tapándola la boca.) Alguien viene.

SERAF. No importa... gritaré...

MONT. Y yo lo divulgo todo.

SERAF. (Cayendo vencida en el canapé.) ¡Oh! No... Ya me callo... Piedad... Haga usted lo que quiera de mí.

ESCENA V.

LOS MISMOS y OLIVERIO.

OLIV. (Entra por la derecha azorado.) Pronto, Montignac... (Viendo á Serafina.) ¡Ah! ¡Ella!

SERAF. ¡Oliverio!

MONT. ¿Qué ocurre?

OLIV. El Coronel está ahí.

MONT. ¿Sólo?

OLIV. No; trae gente consigo. Parece ser que han encontrado al cochero, y por indicaciones suyas saben que has sido tú...

MONT. No importa.

OLIV. Yo he venido volando con mi mujer que está dentro, con Ivona... Pero tienes la casa cercada... Escápate.

MONT. Nos alcanzarían.

OLIV. Entonces, estás perdido.

MONT. Aun no. Preven á Ambrosio que abra, que los haga subir.

OLIV. Reflexiona.

MONT. No te detengas.
OLIV. Allá voy. (Se va precipitadamente.)

ESCENA VI.

MONTIGNAC y SERAFINA.

SERAF. (Triunfante.) ¿Ahora me la devolverá usted?
MONT. (Clara y terminantemente.) Ni ahora ni nunca, porque va usted á hacer lo que yo la ordene.
SERAF. ¿Cómo?
MONT. Decir que ha recorrido usted toda la casa; que Ivona no se oculta aquí...
SERAF. ¿Yo?
MONT. Que está usted segura de ello. Y la creerán.
SERAF. Pero...
MONT. Ó las cartas... (Dirigiéndose al *secretaire*.)
SERAF. Es usted un...
MONT. No más injurias. Trabajo por cuenta de los dos. Usted es devota antes que madre. Retengo, pues, á mi hija, y la dejo á usted el prestigio de sus santas virtudes.
SERAF. ¡Oh!
MONT. Aquí están ya.

ESCENA VII.

DICHOS, el CORONEL, OLIVERIO y CHAPELARD.

CORON. (En la puerta sin ver á Serafina.) Creo que mi visita no debe sorprenderle á usted. Me he permitido hacer esperar abajo á la gente que me acompaña, cuyo ministerio puede serme muy útil; pero cuya presencia no es necesaria para la corta explicación que vengo á pedir de caballero á caballero.
MONT. (Indicándole con el ademán que pase adelante.) Le agradezco á usted el que me evite testigos importunos.
CORON. ¿Sospecha usted por lo tanto lo que me trae aquí á estas horas?

MONT. La baronesa ha tenido la bondad de indicármelo.
CORON. ¡Cómo! ¿Serafina aquí?
MONT. Acaba de llegar hace un momento, alimentando la misma sospecha que usted.
CORON. ¿Y por quién ha sabido?...
SERAF. Por un criado...
MONT. No nos entretengamos en detalles ociosos, Coronel. ¿Usted me acusa de haber secuestrado á Ivona?
CORON. Todo me induce á creerlo así.
MONT. (Pasando detrás del canapé.) Pues.., padece usted un error. Ya he tenido la honra de explicarme con su madre y... ella misma podrá convencerle á usted de que su hija no está en mi casa.
CORON. ¿Y bien?
SERAF. No... No se halla aquí. (Tras un esfuerzo.)
MONT. Ya lo oye usted.
CORON. Sin embargo, todos los indicios...
OLIV. Permita usted... La delación de un cochero embriagado no merece el crédito que la confesión de una señora, de una madre.
CHAP. Indudablemente... y además... qué interés tendría el señor...
MONT. Lo iba á decir...
CORON. No obstante.., (Á Serafina.) ¿Estás segura de haber recorrido?... (Moutignac abre el *secretaire.*)
SERAF. (Temblando.) Todo.
MONT. Aquí no hay más que esta sala.., aquel gabinete... (Abriendo el de la izquierda que el Coronel examina.)
CORON. (Señalando la derecha.) ¿Y esa puerta?
MONT. Conduce á dos cuartos interiores.
CORON. ¿Están cerrados?
MONT. No; pero esta señora los ha visto ya. Sin embargo, si usted insiste...
CORON. Ya que usted me autoriza... (Montignac abre. Serafina se precipita en la habitación, y sale al momento pálida, cerrando la puerta tras sí.)
SERAF. No hay nadie... Es inútil

CORON. Siendo así... ruego á usted que me dispense...

MONT. Su conducta de usted está muy justificada y... si mis ocupaciones me lo permitieran, me asociaría á ustedes en las pesquisas...

CORON. Antes de retirarnos, desearía deliberar con esos señores...

MONT. Es usted muy dueño, y le suplico á usted que no salga de mi casa sin la absoluta convicción de mi inocencia...

CHAP. (Ap.) (¡Qué cosas oye uno!...) (El Coronel, Oliverio y Chapelard desaparecen un instante por la escalinata.)

SERAF. (Ahogada por los sollozos.) ¿De modo... que se la lleva usted?

MONT. Cuidado...

SERAF. La he visto... Dormida... Tan hermosa, tan pura... Y acaso por la última vez... ¡Es espantoso! (Llorando.) Mire usted mis lágrimas... tenga usted compasión de mí... Lo pido de rodillas... Haré lo que usted me mande... pero devuélvamela usted.

MONT. No creo en ese llanto.

SERAF. Esto es ya demasida cobardía. (El Coronel llega con lo otros.)

CORON. ¿Qué?

SERAF. Mi hija está allí. Obliga á este hombre á que me la restituya.

TODOS. ¡Oh!

MONT. (Yendo al *secretaire* y buscando en vano las cartas con ansiedad creciente.) ¡Desgraciada! Sea pues.

SERAF. ¡Qué me importa el mundo entero! Aquí no hay más que una madre.

MONT. (Ap.) (Tampoco... ¡Oh! ¡Las tiene ella! ¡Qué castigo tan horrible!)

SERAF. ¡Ivona!... Hija de mis entrañas... (Llamándola á gritos.)

CORON. (Á Montignac.) Toda explicación huelga entre nosotros.

CHAP. y OLIV. ¡Coronel!

MONT. Entiéndase usted con este caballero. (Por Oliverio.)

OLIV. Pero...

MONT. (Ap. á Oliverio.) (Entreténlo por piedad... un minuto... me ahogo...) (Oliverio desaparece por la escalinata llevándose al Coronel y á Chapelard.)

SERAF. Luchemos ahora...

MONT. Silencio por Dios... Basta de recriminaciones. No perdamos un instante.

SERAF. (Asustada.) ¿Cómo?

MONT. Un golpe inesperado, infernal. Las cartas de usted...

SERAF. ¿Qué?

MONT. Han desaparecido...

SERAF. ¿Robadas? El Coronel acaso.

MONT. No; ya no es la mujer la que está amenazada en su honra. Es la madre.

SERAF. ¿La madre?

MONT. Esas cartas están en poder de Ivona...

SERAF. ¡Jesús!

MONT. Aquella pasión criminal, aquellas ardientes frases que usted misma no podría volver á leer sin rubor... juzgadas por ella... insultando su castidad...

SERAF. ¡Qué horror!... no será asi... no lo quiero... ¿Dónde están? ¿Y dice usted que Dios no castiga?...

MONT. ¿Cree usted que yo no sufro?

SERAF. Usted es hombre; pero una mujer, una madre... ¿Qué sabe usted lo que es eso? La humillación del mundo se soporta, pero la de una hija... ¿Cómo la beso yo?... ¿Cómo la miro siquiera?...

MONT. Vienen.

SERAF. Que vengan... Si no es ella, los demás solo me inspiran desprecio.

MONT. (Al Coronel que vuelve con los otros.) Me atrevo á esperar...

CORON. Basta. No son disculpas lo que vengo á pedir sino sangre.

ESCENA VIII.

DICHOS, ROBERTO, IVONA y AGATA.

ROB. Tome usted la mía, Coronel. El verdadero culpable soy yo.

TODOS. ¿Qué?

ROB. Amo á Ivona, juré arrancarla del convento y lo he cumplido. El almirante es solo mi cómplice aceptando en depósito á mi esposa.

MONT. Poco á poco... (Roberto le impone silencio.)

OLIV. (Ap. á Roberto.) Bravo. Tú nos salvas.

CORON. ¿El raptor?...

IVONA. (Echándose en brazos de Montignac para defenderlo.) No. . no es mi padrino.

SERAF. (Ap. ocultándose.) (¡Ella!)

MONT. (Á Ivona.) ¿Qué dices?

IVONA. (Ap. á Montignac.) (Yo no quiero que te mate.)

CHAP. (Ap.) (¡Qué mundo, señor, qué mundo!)

CORON. (Á Ivona.) ¿Y tú has echado ese borrón sobre la frente de mi hermano? En su nombre yo te mal...

SERAF. (Avalanzándose á su hija que se apoya en un brazo de su madre, mientras ésta con la otra mano tapa la boca al Coronel.) ¿Y quién eres tú para maldecirla cuando yo la absuelvo por su padre y por mí...

IVONA. ¡Madre mía!

SERAF. Sí. sí... Angel de mi vida, yo te bendigo... perdóname... ¡soy tan digna de lástima!... Sér de mi sér, sangre mía...

AGATA. Por Dios...

SERAF. ¿Me quereis todos, verdad? (Abrazando á sus dos hijas y dirigiéndose á Ivona.) Y tú, ¿no me desprecias? (Mirándola de hito en hito.)

IVONA. ¿Yo... por qué?

SERAF. (Á Montignac.) Afronto su mirada, si Dios me permitiera que lo ignorase todo...

MONT. (Á Ivona.) Díme... ¿tus cartas?...

IVONA. Te habías olvidado de ellas... y las tomé...

MONT. Pero... ¿dónde las tienes? (Serafina escucha con ansiedad.)

IVONA. Oí la voz de mamá. .

MONT. ¿Y qué?...

IVONA. Temiendo que las sorprendiera las quemé...

SERAF. ¡Ah! (Ahogando un sublime grito.)

MONT. ¿Todo el paquete?

SERAF. ¿Sin leerlas?

IVONA. ¿Para qué?... Las sabía de memoria. ¿He hecho mal?

SERAF. Qué bueno es Dios. Hoy le comprendo por la vez primera.

MONT. Ahora... En marcha.

IVONA. ¡Cómo! ¿Te vás? ¿No te esperas para ser testigo de mi boda?

MONT. No, dentro de tres años volveré para ser testigo de tu dicha. (Uniéndola á Roberto.)

FIN DE LA OBRA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

CORREGIR AL QUE YERRA.....	Comedia en un acto, original en verso.
EL ONCENO NO ESTORBAR.....	Id. en un acto, id. id.
LA ESCALA DEL MATRIMONIO..	Id. en tres actos, id. id.
CANDIDITO. (Tercera edicion.).	Id. en un acto, id. id.
NO LO QUIERO SABER (2.ª ed.)	Id. en un acto, id. id.
¡POBRES MUJERES! (5.ª ed..)	Id. en un acto, id. id.
EL PIANO PARLANTE..........	Id. en tres actos, id. id.
EL SUEÑO DE UN SOLTERO....	Id. en un acto, id. id.
MONEDA CORRIENTE..........	Id. en tres actos, id. id.
CUESTION DE FORMA..........	Id. en tres actos, id. id.
EL JUGADOR DE MANOS......	Comedia en tres actos arreglada del francés.
LAS CIRCUNSTANCIAS..........	Id. en tres actos y en prosa, original.
LA CHISMOSA..................	Id. en tres actos y en verso, original.
LA LEVITA. (Segunda edicion.)	Id. en tres actos, en prosa, original.
DON RAMON Y EL SEÑOR RAMON......................	Id. en tres actos, en prosa, original.
LA CAN-CANOMANÍA..........	Sátira en un acto.
LOS NIÑOS GRANDES...........	Comedia en tres actos, en prosa, original.
EL ESTÓMAGO...................	Comedia en tres actos, en prosa, original.
ATILA..........................	Drama en tres actos, en verso, original.
EL OSO PROSCRIPTO.........	Comedia en tres actos, en prosa, original.
LA NODRIZA..................	Comedia en dos actos, id. id.
LAS SÁBANAS DEL CURA.......	Boceto en un acto, id. id.
LA RESURRECCION DE LÁZARO.	Juguete cómico en dos actos y en prosa.
ADMINISTRACION PÚBLICA.....	Boceto en tres actos y en verso.
PROBLEMA......................	Comedia en tres actos, en prosa.
AMOR Y ARTE..................	Drama en tres actos, en prosa.
LA LENGUA....................	Comedia en tres actos, en prosa.
LA GRAN COMEDIA............	Comedia en tres actos y en prosa.
LOLA..........................	Comedia en tres actos y en prosa.

AUMENTO AL CATÁLOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1888.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Heridos y contusos	1	Sres. Larra y Gullón	Todo.
Leonor I de Aragón	1	Pedro Navarro	»
Olas de sangre	1	Manuel Izquierdo	»
Por un sombrero	1	J. Guijarro y F. Olona	»
Clown	3	José Fola	»
El molino del Cármen	3	José Fola	»
Lo sublime en lo vulgar	3	José Echegaray	»
Mar y cielo	3	E. Gaspar y A. Guimara	»
Teresa	3	José Fola	»

ZARZUELAS.

¡Aquello!	1	Tomás Gómez	M.
Certámen nacional	1	Perrin y Palacios	L.
Despacho parroquial	1	Tomás Calamita	1|2 M.
El golpe de gracia	1	Señá, Hurtado y Caballero	L. y 1|2 M.
En la plaza de Oriente	1	Cuevas	L.
Epílogo	1	Rojas, Ruiz y San José	L. y M.
La cruz blanca	1	Perrin y Palacios	L.
La verdad desnuda	1	Arniches y Cantó	L.
Pepa, Pepe y Pepín	1	Rafael M. Liern	L.
Perder la pista	1	Luis Larra	L.
Plan de estudios	1	Calixto Navarro	1|2 L.
Por España	1	Varas, Rojas y San José	L. y M.
Quedarse in albis	1	Rafael Taboada	M.
Timos conyngales	1	Luis Arnedo	M.
El rey reina	2	M. E. Tormo y M. Nieto	L. y M.
Nanón	2	Olona, Ferrer y G. Taboada	L. y 1|2 M
Una broma en Carnaval	2	Casademunt y Strauss	L. y M.
Sustos y enredos	3	Juan García Catalá	M.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestrros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.